FRANCISCO GARCIA PACHECO y PASCUAL GUILLEN

FLOR DE NIEVE

COMEDIA

En tres actos y en prosa, original.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1925



FLOR DE NIEVE

Flor de Nieve

COMEDIA

En tres actos, en prosa y original de

Francisco García Pacheco

Y

Pascual Guillén

Estrenada el día 7 de marzo de 1925,
en el TEATRO REY ALFONSO de Madrid.



MADRID
GRAFICA-MADRID, DOÑA URRACA, 17
1925

REPARTO

Personajes	Actores
VICTORIA	María Baúquer.
BALTASARA	Pascuala Mesa.
ROSARIO	María Victorero.
MARIA	Teresa Zori.
SERAFINA	Araceli Sánchez Imaz.
FIFI	Rosario Molina.
LULU	Carmen Granda.
GONZALO ROBLEDO	Francisco Hernández.
DON ROMAN	Juan Espantaleón.
MELECIO	Antonio Riquelme.
JULIO	Manuel Luna.
DUQUE DEL OLMO	Casto Javaloyes.
JULIAN	Julio F. Alyman.
PEPE LUIS	Miguel Llano.
DON GENEROSO	Rafael Terry.
MARQUÉS	Enrique Navarro.
CELEDONIO	Pío Graci.
JULITO	Niña Agusti.

Epoca actual.—Derecha e izquierda las del actor.



ACTO PRIMERO

Zaguán de una casona rica en un pueblo castellano. Portón de entrada al foro. En lateral derecha segundo término puerta que se supone de un almacén de granos. Primer término derecha puerta mampara de paso a una oficina. Lateral izquierda puerta de paso a las habitaciones. El piso debe de ser de baldosas blancas y negras o encarnadas.

(Al levantarse el telón, BALTASARA, mujer de pueblo, ya entrada en años, pero no vieja, fregotea las baldosas de la puerta de entrada sin dejar de renegar. Dentro se oye la voz de SERAFINA, otra criada de la casa, que sin verla se sabe que es joven, porque canta muy alegre.)

SER. *(Dentro.)*
Con cuatro picadores,
con cuatro picadores,
con cuatro picadores,
y olé,
Reverte en medio.

BALT. *(Incomodada.)* Canta, canta, que no lo fregaré más, manque lo mande el ama y manque lo manden toas. ¡La muy puerca! ¡Yo también he sío joven como tú!

SER. *(Dentro.)*
La novia de Reverte,
la novia de Reverte,

la novia de Reverte,
mamita,
tiene un pañuelo.

BALT. (*Fregoteando.*) ¡Un pañuelo ná más¡ ¿Qué haría con un pañuelo ná más la muy cochina? ¡Sería como tú!

SER. (*Saliendo por izquierda.*)
Con cuatro picadores,
y olé,
Reverte en medio.

BALT. ¡En medio de una pareja de ceviles es donde acabarás tú, escuchimizá, niña boba!

SER. ¿Qué está usté hablando?

BALT. ¡Cuidao con la tarabilla que has cogío desde esta mañana pa hacerme a mí rabiar! ¿Quieres no cantar más?

SER. (*Deteniéndose.*) ¡Canto lo que me da la gana!

BALT. Pues mira, yo también voy a cantar. (*Sigue fregando, y procurando imitar la voz de la Serafina, canta.*)
La novia de Melecio,
mamita,
tiene un pañuelo.

SER. ¿Y qué pasa con Melecio?

BALT. Ná, que menuda boda te estás preparando.

SER. Usté lo que tiene que hacer es trabajar y no meterse conmigo.

BALT. (*Levantándose incomodada.*) A ti lo que te tiene que dar es vergüenza de que yo, a mis años, esté fregoteando, mientras tú te pasas el día en un puro cantar, ¿sabes?... Y como... (*Mientras habla, Baltasara recoge el paño y el cubo de fregar.*)

ROS. (*Sale por primera izquierda, y como ha oído la bronca, dice:*) ¡Callad, escandalosas! ¿Qué pasa por aquí?

BALT. ¡Esa maldecía, que...!

SER. ¡Diga usté que ha sido ella, que...!

ROS. (*Imponiéndose.*) ¡Silencio! (*A Baltasara.*) Parece mentira que usted...

BALT. ¡Lo que parece mentira, es porque el Melecio s'haiga hecho su novio, la tengamos toos que sufrir.

ROS. ¿El Melecio su novio? ¿Desde cuándo?

BALT. Desde esta mañana, que yo les he visto.

ROS. Vaya, cállese y márchese de aquí.

BALT. (*Recoge el cubo refunfuñando.*) No, claro, si tendré yo la culpa... ¡Bueno, voy a tirar el agua! (*Hace mutis por el foro, diciendo:*) ¡Qué te creías... que no se lo iba a decir...! ¡Pues ya lo sabe!

ROS. (*A Serafina.*) ¿Con que novios, eh?

SER. (*Ruborosa.*) Sí, señora.

ROS. ¡Vaya! Parece mentira, con lo corto de genio que es Melecio. ¿Qué te ha dicho para declararse?

SER. ¡Nada!

ROS. ¿Entonces, cómo sabes que es tu novio?

SER. ¡Ah... pues sí, señora, que lo sé!

ROS. ¿Pero qué ha pasado entre vosotros?

SER. Naa, no ha pasado na, señora ama, es que desde el primer día que entró él en la cocina por el almuerzo y yo tardé un poco por casualidad; pues los otros días empecé a tardar y a tardar y...

ROS. ¿Y qué? Acaba ya.

SER. Y ná.

ROS. Pues sí que está claro. ¿Y él qué hacía cuando tú tardabas?

SER. ¡Mirarme cuando yo no lo miraba!

ROS. ¿Y tú?

SER. ¡Yo! Pos mirarlo cuando no me miraba él.

ROS. Pues sí...

SER. Pero hoy, una de las veces que yo le miraba a él, él me ha mirao a mí, y yo me puse encarná y él se puso encendío, y fué y se levantó y me dió asín un abrazo...

ROS. ¡Vamos!

SER. Que yo me quedé que no supe si echarme a reír o si echarme a llorar.

ROS. ¿Y te echarías a llorar, naturalmente?

SER. ¡Ay, no señora! ¡Como ya éramos novios, me eché a reír!

ROS. Pues te debió dar vergüenza el abrazo. Y debiste llorar.

SER. (*Haciendo pucheros.*) Tié usté razón, señora, pero no me acordé.

ROS. Bueno, mujer, no llores por eso, no llores por eso. ¡Ojalá que todas fueran libres como tú, para poder hacer lo que tú haces! ¡Anda, vamos pa dentro a trajinar! (*Mutis las dos primera izquierda.*)

BALT. (*Entrando por el foro al tiempo de verlas desaparecer.*) ¡Miala cómo la cuida! ¡Son tal para cual! ¡Recondená, mocosa, y qué encismaora es...! (*Cuando va hacer mutis por izquierda aparece por el foro Melecio, mocetón del campo, con figura de zagal bruto e infeliz.*)

MEL. (*Desde la puerta, sin entrar.*) ¡A la paz de Dios!

BALT. ¿Qué hay?

MEL. ¡Hola, señá Baltasara!

BALT. ¡Hola!

MEL. ¿Está el amo?

BALT. ¡Está!

MEL. ¿Se pué entrar a verlo?

BALT. (*Enseñando las baldosas.*) ¡Sin poner los pies ahí!

MEL. ¿Pues ande voy a pisar?

BALT. ¡En tu cabeza!

MEL. ¡Pa eso tendría usté que ayudarme!

BALT. ¿Ayudarte yo? ¡A morirte! ¡A que sus moráis toos! ¡Que ya me tenéis la sangre achicharrá!

MEL. Paece que está usté de mal humor.

BALT. ¿Te importa mucho?

MEL. A mí... Bueno, bueno... ¿Está el amo?

BALT. ¡Ya te he dicho que sí!

MEL. ¿Quié usté decirle que he venío y se ahorra usté que ponga ahí los pies?

BALT. ¡Miá qué fino te has vuelto! ¡Sí, hombre, yo le iré a llamar! (*Inicia el mutis, pero antes de atravesar la puerta se detiene al oír a Melecio.*)

MEL. ¡Oíga! Y si ve usté a esa dígala también que estoy aquí...

BALT. ¿A quién?

MEL. ¡A la Serafina!

BALT. ¡A la Sera... a la Sera... ¡Diablos... encendidos... Oye, tú, que yo no soy tan vieja pa dar esta clase de recaos. ¡Pa eso está el telégrafo! (*Mutis violento Baltasara primera izquierda.*)

MEL. ¡Rediez, cómo está! ¿Qué mosca la habrá picao? (*Entra pisando de puntillas y se acerca a la puerta de primera izquierda.*) ¡Amos, que estar aquí y no verla...! (*Con alegría.*) ¡Rediela, miala...! (*Llamándola con voz queda.*) ¡Serafina! ¡Serafina!

SER. ¡Melecio!

MEL. ¡Serafina! (*Se queda atontado mirándola.*)

SER. ¡Acércate, hombre, acercate pa acá!

MEL. ¡Ya estoy!

SER. ¿Me quieres?

MEL. ¿Que si te quiero?... Mialo... (*Intenta abrazarla.*)

SER. Oye, tú, estate quieto, que ya lo sabe el ama y me ha regañado.

MEL. ¿Que lo sabe el ama?

SER. Sí, pero como yo he llorao cuando me reñía, pa contentarme me ha hecho un regalo.

MEL. ¿Y qué te ha regalao?

SER. Un cabezal de plumas.

MEL. ¡Je, je! (*Ríe.*) Será pa ti.

SER. ¡Y pa ti!

MEL. ¡Je, je! Será pa los domingos. ¡Y qué majo voy a estar!

SER. Pero si eso no es para sacarlo a la calle.

MEL. ¿Pues no decías que era un cabezal?

SER. Y lo es, un cabezal pa dormir.

MEL. ¿Pa dormir dónde?

SER. ¡En la cama, cuando nos casemos tú y yo! Un cabezal es una almohada, hombre.

MEL. (*Ríe ruborizado.*) ¡Je, je!

SER. Ya tenemos una cosa pa la boda; luego lo que me den mis padres de dote, que será la tierra del Molino y mil reales en plata. ¿Y a ti qué te dan los tuyos?

MEL. La viña de la carretera, no más.

SER. ¿Pero tendrás algo ahorrao?

MEL. Sí; treinta reales en perras.

SER. ¡Pues con eso y con que el amo te siga dando tarea ya nos podemos casar!

MEL. ¿Tan jóvenes?

SER. ¡Otras se casan más jovenes que yo!

MEL. ¡Si lo digo por mí!

SER. Por los hombres lo mismo da, y por las mujeres, fíjate. Ahí tienes a la señorita Victoria, con sus veinticinco años y tié un zagal de seis.

MEL. Julito.

SER. El mismo. Y que el chico es más listo y aplicao...

MEL. Como su madre, porque hay que ver cómo se explica, ¿eh? En viniendo la he visto por la güelta del Romeral.

SER. ¿A la señorita Victoria?

MEL. ¡Y al señorito Gonzalo; ese que dicen que es no sé qué en París!

SER. ¡Ah! ¿De modo que la señorita Victoria iba con ese señor?

MEL. Ella, hablando tan entusiasmá, que paecía que los ojos se la iban a saltar de la cara. ¡Y asina los dos, asina, mu arrejuntaos! *(Juntándose a Serafina, que se separa.)*

SER. ¡Bueno, aparta, aparta tú!

MEL. ¿Toma, por qué?

SER. Porque pa arrejuntarse conmigo, ties que llevarme a lá iglesia y si no esperarte a que otro me lleve y me deje plantá como a la señorita Victoria le ha pasao.

MEL. ¿Y cuándo te casas?

SER. ¿Con otro?

MEL. No, mujer, conmigo.

SER. Cuando quiera tu padre.

MEL. ¿Mi padre? Pues en cuanto le enseñes el cabezal que te ha regalao la señorita.

SER. ¿Qué cosas tienes?

MEL. Mia que tú. (*Intenta abrazarla en el momento en que aparece por primera izquierda don Román, a quien se le puede llamar tío Román, por su aspecto y mentalidad, aunque no por su dinero pues es muy rico.*)

ROM. ¡Hola! ¿Ya estáis enzarzaos? ¡Ya me ha dicho Baltasara eso vuestro! ¡Veo que no perdéis ripio!

SER. ¡Mi amo! (*Se escabulle por primera izquierda.*)

ROM. (*A Melecio.*) ¿Cómo va esa gente?

MEL. Los que están en la obra acabando de cargar. ¿Ande quiere usté que vayan después?

ROM. Unos pocos que se vayan a rematar el envase a casa del Fanegas, y los otros, le dices a Matías, que los mande a la estación con el carro. (*Dándole unos papeles.*) ¡Ahí van los talones!

MEL. ¿De quién?

ROM. ¡Del ferrocarril, majadero!

MEL. ¡Ah, güeno... güeno!.. (*Melecio va hacer mutis por el foro, pero se detiene a la voz de Román.*)

ROM. ¡Oye! Al paso que vas para allá, llégate en casa de don Gonzalo. ¿Sabes quien es?

MEL. Sí, señor; el que iba ahora poco con la señorita Victoria por la güelta del Romeral

ROM. ¿Cómo? (*Con sorpresa.*)

MEL. ¡Sí, señor! Los acabo de ver.

ROM. ¿Iban juntos?

MEL. ¡Sí, señor, arrejuntaos!

ROM. Bueno, pues, a ese, que vive en la plaza, procuras verle a él mismo, y dile que haga el favor de venir, que mi yerno quiere ha blarrcon él. ¿Lo dirás así?

MEL. Mesmamente.

ROM. ¡Listo! (*Melecio hace mutis por el foro y Roman queda un momento pensativo y con gesto agrio dice:*) ¡Qué descaro! ¡Hasta los criados van a llegar a entenderlo! En fin, veremos si el hermano se decide a estallar. (*Mutis Román a la oficina. Después de breve pausa se oyen por primera izquierda unos leves y sofocados gritos y como rumores de lucha, y al momento aparece Baltasara que trae, caminando de espaldas, cogida del moño, con la mano izquierda, a Serafina, y tapándole la boca con la mano derecha para que no grite.*)

BALT. ¡Mala lengua, escuchimizá, encismadora!

SER. ¡Ay, por Dios, por Dios, perdóneme!

BALT. (*Soltándola.*) ¡Ya estás perdoná! ¡Pero como yo te vuelva a oir murmurar de la señorita Victoria, te corto la lengua o te la arranco de una vez. Bueno está que te burles de mí, pero que metas cizaña contra ella, eso si que no, porque te araño y te muerdo.

SER. ¡Pero si los ha visto Melecio y el me lo ha dicho a mí!

BALT. ¡Mentira, mentira! Mi hija no va del brazo de nadie, porque es una mujer casá, y aunque el marido le haiga salío un granuja, no hay brazo denguno que la lleve a ella del brazo; eso es, que los conozco muy bien, a ella y a su familia.

SER. Pero...

BALT. Sin pero; su madre era una santa y su padre un médico mú honrao y mú sabio, que murió sin un real, porque no cobraba casi nunca las visitas y encima compraba las medicinas pa los pobres.

SER. Si yo no he dicho nada malo de la señorita Victoria.

BALT. Y qué ibas tú a decir de la señorita Victoria ni qué tié nadie que decir de ella. Ella es mu honrá y mu honrá, eso es, porque se ha criao aquí. (*Se golpea el pecho.*) Eso es, que me la dieron cuando tenía un mes y nadie mejor que yo sabe quien es la señorita Victoria.

SER. Pero...

BALT. ¡Y ahora mismo, ahora mismo entras conmigo y le dices al ama que es mentira, mentira y mentira todo lo que acabas de contar, o te araño y te muerdo, mala lengua! Hala. (*Le da media vuelta para ponerla frente a la puerta primera izquierda, la vuelve a coger del moño con la izquierda y empujándola con la derecha la obliga a hacer mutis. Después de una breve pausa salen por la primera derecha Román y Julián; éste es un muchacho joven, de carácter débil, vestido más de señorito que Román, de manera que se ve que no es de pueblo; lleva en*

la mano una pluma como si le hubieren interrumpido en su trabajo.

JUL. ¿Qué quiere usted?

ROM. Decirte aquí fuera cuatro cosas sin miedo a que se entere tu mujer, porque sería muy gordo el disgusto.

JUL. ¿Disgusto, por qué?

ROM. A tu hermana la han vuelto a ver con Gonzalo.

JUL. ¿Otra vez?

ROM. Otra vez, y otra, y ciento, porque como ese señorito es diplomático y ha corrido tanto mundo, es un verdadero don Juan, y dicen que tié una labia que vuelve locas a las mujeres.

JUL. A mi hermana no. Ese don Gonzalo podrá ser todo lo diplomático y todo lo hombre de mundo que quiera, pero mi hermana es una mujer honrada.

ROM. Si yo no digo lo contrario. Es la gente del pueblo, que es tan murmuradora.

JUL. ¿Pero, por qué esas murmuraciones? Si ese hombre lleva aquí unos veinte días para tomar posesión de unas tierras y en seguida se marchará otra vez al extranjero.

ROM. ¿Y hasta entonces vas a permitir que acompañe a tu hermana, siempre que ella salga a la calle.

JUL. Ya la regañé la otra vez que me lo dijo usted.

ROM. Pues mira que caso te hace. Tú no quieres creerme y la cosa se está poniendo que no la vamos a poder resistir. ¡Ya es mucho ridículo que lo sepan hasta los criados! ¡El paseo de hoy lo comentará mañana todo el pueblo! Debes imponerte.

JUL. ¡Es que ella es mayor de edad!

ROM. ¡Si te haces esa cuenta!

JUL. ¡Yo no tengo medios legales para obligarla si no me hace caso!

ROM. ¡Ah, bien! ¿Pero es que si no te hace caso, ancha es Castilla?... Pues eso es lo que queremos tu mujer y yo, que te decidas de una vez.

JUL. ¿A qué? ¿A echarla a la calle?

ROM. No te digo tanto, pero más de seis años llevamos nosotros teniéndola consideración, y ella no sabe agradecerlo. Qué quieres, si no quiere corregirse algo hay que hacer...

JUL, ¡Parece mentira!

ROM. ¡Cómo mentira!, ¿pues que te figuras? ¿Quién se ha casao con mi hija? ¿Es ella o eres tú?

JUL. ¡Está bien! ¡Yo le diré todo eso que usted ha dicho en cuanto venga!

ROM. ¡Harías mejor en decirla que una mujer casá, tié por lo menos la obligación de parecer honrada.

JUL. (*Indignado.*) ¡Mi hermana lo es a machamartillo!

ROM. ¡Bien, quizá por eso me duele que alguien presuma que no lo es!... Y sobre tóo, vaya, que yo en mi casa no quiero disgustos y que mi hija no quiere soportar ésto.

JUL. ¡Yo, si!

ROM. Tú, tampoco; que tuya no es la culpa si el marido la ha salido rana.

JUL. ¡Basta, basta! ¡Ya sé lo que tengo que decir! ¡Qué en esta casa sobramos dos!

ROM. Eso será mejor que se lo digas antes a tu mujer porque ahí la tienes. (*Señala a Rosario que sale por izquierda.*)

ROS. ¡Qué pasa!

JUL. ¡Nada!

ROS. ¿De quién habláis?

ROM. ¡De Victoria!

ROS. De ella vengo yo hablar también.

JUL. (*Excitado.*) ¡Por Dios, que es mi hermana!

ROS. Sí, hijo, sí; ya lo sé, no se me olvida, otro tanto es lo que ella tenía que hacer... Me acaba de decir la Serafina, que le ha dicho Melecio...

JUL. (*Interrumpiéndola con vehemencia.*) ¡Qué le dijo el otro, lo que le dijo aquél!... Sí, mujer, sí; calla, calla...

ROS. No callo, pues no faltaría más. Si los ha visto Melecio con sus propios ojos.

JUL. Bueno, pues le echaré a la calle, o le sacaré los ojos para que no vea y la lengua para que no comente...

ROS. Más vale que te decidas a terminar de una vez con tu hermana, que se marche a Madrid; nosotros le mandaremos algo para ayudarla a vivir.

JUL. ¡Si aún no sabemos lo que ha pasado!...

ROM. Lo sabemos. Y si ella lo niega, don Gonzalo hablará. Justamente para terminar este asunto le he mandado recao de que tú quieres hablar con él.

ROS. (*Sobresaltada.*) ¿Mi marido? ¿Y qué tiene que hablar con él mi marido?

JUL. Lo que sea preciso.

ROS. ¿Pa buscarte un mal querer? Pues no faltaría más, sino que por culpa de esa mona. fueras tú a tener un compromiso con nadie.

ROM. Pues él vendrá seguramente y alguien tié que recibirle.

ROS. Le recibiré yo.

JUL. ¡Estaría bonito!

ROS. Más bonito estaría que tu hermana mirara lo que hace, y no buscara disgustos a nadie y menos a ti, y con ese hombre, que tié tanto poderío.

ROM. Yo, ya le he dicho a éste lo que debe hacer con ella.

ROS. Decirle las cosas claras.

JUL. ¡Bastante desgracia es la suya!

ROS. Pues bien poco parece que la duela, que se pasa la vida acicalándose, que parece una moza casadera, y eso no está bien.

JUL. *(Deseoso de terminar.)* ¡Bueno!

ROS. A su lao parecemos de pueblo toas las demás.

JUL. ¡Bueno!

ROS. Y en la iglesia, en la calle, en toas las partes, tós son a agasajarla y a decirla cosas los hombrachos, que parece que no han visto una mujer en su vida; como si en el pueblo no hubiera ninguna más.

JUL. ¿Quieres dejarme ya tranquilo?

ROM. ¡Claro, mujer!, ella no tiene la culpa. La hermosura está en la cara, y...

ROS. *(Soliviantada.)* ¿También usté va a decirme que es guapa mi cuñada?

ROM. No, yo no digo nada.

JUL. Pues yo digo que mi hermana ha sido siempre hermosa y decente.

ROS. ¡Decente sería arrecogerse con su hijo; vestir como toca a su condición, que ahora no está en Madrid y aquí ella no tiene ningún dinero, y sobre tóo no dejarse acompañar de nadie. *(A su padre.)* ¿No es así?

ROM. Eso, vosotros. Yo no digo na.

JUL. *(Violento.)* ¡Yo, sí; yo digo que tengo la obligación de ayudar a mi hermana!

ROS. Y te parece poca ayuda; se te ha olvidado que sin nosotros se hubieran muerto de hambre ella y su hijo. Y tóo, pa qué, pa que dé que hablar, y menos mal si la cosa no ha pasao de ahí.

JUL. ¿Qué dices? ¿Pero tú quién crees que es mi hermana?

ROS. ¿Tu hermana? ¡Ya lo dicen tóos! Tu herma-

na es una guapa mujer. (*Mutis primero izquierda.*)

JUL. (*Furioso y queriendo salir tras ella.*) Ahora mismo...

ROM. (*Conteniéndolo.*) ¿Qué vas a hacer?

JUL. (*Desesperado.*) ¡Acabar, acabar que no puedo más! ¡Estoy harto de ella y de su dinero! ¡Me ahogan ustedes con su dinero! ¡Yo me casé para tener una mujer!...

ROM. ¡Y un suegro, porque no creerías que yo me iba a morir! Y en cuanto al dinero, vaya un reproche... Si te estorba, o le estorba a tu hermana, no tenéis más que no hacer uso de él.

JUL. Por favor le suplico a usted que me deje solo.

ROM. Sí, hombre, sí. Me voy a dar un vistazo por el almacén. (*Inicia el mutis primera derecha y por el foro ve llegar a Victoria.*) ¡Está de Dios que no te dejemos sosegar! (*Mutis Román primera derecha.*)

JUL. (*Abatido.*) ¡Me falta valor! (*Entra por el foro Victoria muy alegre. Viste con sencillez, pero se ve que es una señorita esbelta, gallarda y arrogante. Frisa en los veinticinco años. Lo cual quiere decir que está en lo más florido de su belleza. Trae en la mano una cartera de chico.*)

VICT. ¡Hola, Julián! ¡Qué contenta vengo! ¡Qué alegría dan los hijos! Está la escuela que parece un hormiguero... ¡Qué atrocidad! ¡Y las madres, como tontas, se nos pasan las horas mirándoles bullir!

JUL. ¿De dónde vienes?

VICT. ¡De dejar mi chiquillo en la escuela!

JUL. ¿Y cómo has tardado tanto?

VICT. ¡Hombre, pues... porque me han zarandeado de lo lindo entre unos y otros enseñán-

dome los premios que les van a dar!... ¡No puedes imaginarte!

JUL. ¡Sí!... Me imagino, me imagino, es decir, tengo la seguridad de que no has tardado solamente por eso.

VICT. ¿Pues, por qué?

JUL. Porque has estado hablando con Gonzalo.

VICT. ¿Eh?

JUL. ¡No lo niegues!

VICT. (*Resuelta.*) No lo niego.

JUL. Te han visto.

VICT. No es extraño, porque yo no me oculto para hablar con él, ni con nadie.

JUL. ¡Victoria!

VICT. ¡Julián!

JUL. ¿Te parece decente?

VICT. No sé, perdona. Yo en esto no tengo parecer. Lo que sé, es que no tengo por qué ocultarme. Que estoy ansiosa de decirlo a gritos, para que se enteren todos, y que los comentaristas del pueblo, sepan que lo mismo me da.

JUL. ¿Estas loca?

VICT. No sería extraño, por que esta vida mía, esta situación mía, es más fuerte que mi razón. ¡Seis años de honradez y de lágrimas! ¡Seis años de amargura esperando a un marido que se fué de mi lado sin decir adiós, y sin más motivo visible que haberse cansado de mí! ¿Crees que no es para volverse loca? ¿Crees que no es para gritar de indignación?

JUL. Es para muchas cosas, pero la gente... es la gente; vivimos de una manera que no hay mas remedio que sufrir y callar. Mi suegro y mi mujer me han dicho...

VICT. ¿Y con qué derecho quieren esclavizarme? ¿Por que me dejan sentar a su mesa quieren

condenarme a la soledad y al abandono? ¿Por que vivo en su casa se creen con derecho para secarme el corazón y robarme la vida? ¡Es que cuesta tan poco decir que una mujer es mala!

JUL.

VICT. ¿Mala, yo? Lo sería si tuviera a mi lado un marido bueno o malo y le abandonase. Pero si es él quien me deja y en el camino de mi vida desgraciada tropiezo con un cariño firme y sincero que quiere poner flores en mis macetas, ¿por qué he de rechazarle y huirle?... No y no. Eso si que no. ¡Seis años de penas me han hecho aprender que con lágrimas los maridos no vuelven, y comprende, hermano, que yo no quiero llorar más, que no quiero sufrir más.

JUL. ¡Victoria! Reflexiona...

VICT. No puedo. Tú no tienes la culpa de que el querer que me dieron como legítimo y santo, haya sido un pájaro volandero que abandonó el nido, dejándome con mi hijito en la mayor desesperación y desamparo. Pero yo tampoco soy culpable, y ahora tú y los que te azuzan contra mí, ¿queréis castigarme, obligarme a vivir recluída? ¡No y mil veces no! ¡Ya he sufrido bastante para que nadie pueda tacharme de ligera, que todos saben los años que he esperado y lo honradamente que he esperado.

JUL. ¿Pero qué vamos a hacer? ¿Qué quieres hacer?

VICT. ¿Qué quiero? ¡Vivir! Vivir que aún soy joven, Julián, para que no haya siquiera una miajita de luz en mi vida, ni siquiera un rayito de sol en mi cielo... ¿Comprendes? ¡Qué es muy joven este corazón para que no palpite, y muy joven mi boca para que no ría, y muy jóvenes mis ojos, para llorar

siempre, como han llorado hasta hoy! ¡Ya sabes lo que quiero, Julián! ¡Quiero vivir.

JUL. ¿Y ahora no vives?

VICT. No. Como quieres que yo le llame vida a mi vida en esta casa, si no te dejan vivir a ti, pobre prisionero. Si tu mujer y tu suegro nos humillan constantemente con su dinero.

JUL. ¿Por qué me casaría yo? ¡Ya no tenemos salvación!

VICT. ¿Qué no tenemos salvación? ¡Yo sí! ¡Yo me salvo! ¡Yo no sufro más! ¡Y si la gente piensa que yo debo esperar siempre, sin confianza en nada, ni en nadie, consumiendo mi vida en un sacrificio estéril, y tú piensas como ellos, dímelo, Julián, dímelo pronto por que entonces es mejor irse derecho al río y acabar de una vez. *(Mutis violento por primera izquierda.)*

(Pausa. Julián pensativo mira por donde hizo mutis Victoria. Dejándose caer en una silla.)

JUL. ¡Irse derecho al río y acabar de una vez! Quizá tenga razón...

ROS. *(Sale por primera izquierda con gesto inquieto.)* ¡Acaba de entrar tu hermana tan altanera que ni siquiera me ha saludado! ¿Qué te parece?

JUL. *(Crispado.)* ¿Qué?

ROS. Eso; ¿lo que hace conmigo?

JUL. Por favor...

ROS. ¿Qué? ¿Se lo has dicho? ¿Habrá negado?

JUL. *(Secamente.)* ¡No ha negado!

ROS. ¿Ah, no?... ¡Claro!... Hubiera sido inútil. Y hasta puede que te lo haya confesado con ese descaro con que ella acostumbra a hablar.

JUL. ¡Llamar a las cosas por su nombre no es

descaro! ¡A ti te choca porque no lo sueles hacer!

ROS. (*Un poco perpleja.*) ¿No te entiendo? ¿Qué quieres decir?

JUL. ¡Quiero decir y digo que me tienes harto!

ROS. (*Cambiando y poniéndose amable.*) ¡Pero no te enfades conmigo hombre, que yo no tengo la culpa! Qué te he dicho yo, nada.. Que evitases que tu hermana diera que hablar.

JUL. ¡Bueno, bueno, déjame!

ROS. A mí me duele, no creas que no, que la tengas que violentar; al fin y al cabo es hermana tuya... ¡Pero no hay más remedio! (*Julián permanece silencioso. Pausa.*) ¿Y qué piensas hacer?

JUL. (*Desesperado al ver que su mujer vuelve a la carga.*) ¡Pienso!... Pienso que antes que pensar como vosotros, sería preferible morir mil veces. (*Mutis primero derecha. Rosario le ve marchar.*)

ROS. ¡Hay que ver como se pone, como si nosotros lo pudieramos evitar... ¡No, pues yo no cejo!... (*Va a hacer mutis por primera derecha y aparece en el foro Gonzalo Robledo, joven de treinta años, diplomático rico y hombre afable y elegante.*)

GONZ. (*Desde la puerta.*) ¡Buenos días!

ROS. ¡Don Gonzalo! Muy buenos... Pase, pase... (*Entra Gonzalo que da la mano al tiempo que pregunta con exquisita cortesía.*)

GONZ. ¿Cómo está usted?

ROS. Muy bien, pero siéntese.

GONZ. Yo la encuentro a usted tan bella como siempre.

ROS. (*Muy agradecido al cumplido.*) ¡Muy amable, amabilísimo!... Sólo así puedo explicarme...

GONZ. ¿Qué?

ROS. No, nada. A usted le habrá extrañado el recado...

GONZ. Algo, pero en el momento en que lo he recibido he venido a ponerme a disposición de su esposo.

ROS. ¡Sí!... ¡Pero... él se halla tan ocupado en este momento, que si usted me permitiera, yo misma le diría el objeto de esa entrevista.

GONZ. ¡Estoy a su disposición, señora!

ROS. Se trata de un asunto algo enojoso, pero ya definido por la protagonista.

GONZ. ¿Victoria?

ROS. ¡Mi cuñada no ha ocultado sus amores con usted!

GONZ. ¡Señora!... ¡Yo hubiera hecho lo propio!

ROS. Nosotros disculpamos su debilidad, en gracia a su exquisito trato, comprendemos que usted es hombre peligroso, pero comprenda usted también que siendo mi cuñada mujer casada, nosotros no podemos tolerar...

GONZ. ¡Así mismo se lo he dicho yo!

ROS. ¿Luego usted comprende que tenemos razón?

GONZ. Absolutamente.

ROS. ¿Y está usted dispuesto a retirarse?

GONZ. ¡No!

ROS. ¿Cómo?

GONZ. No estoy dispuesto a retirarme hasta que me lo mande Victoria, o ella se decide a dejarlos a ustedes, para marcharse conmigo.

ROS. Pero eso no puede ser.

GONZ. ¿Por qué? Aquí quien estorba es Victoria o soy yo.

ROS. Usted a venido a interponerse en su camino.

GONZ. ¡Sólo a ella le concedo el derecho para resolver!

ROS. ¡Es una mujer casada y su deber!...

GONZ. Es suyo nada más. Ella sabrá dónde termina.

ROS. Pues sepa usted que su hermano está dispuesto a no consentirle...

GONZ. Me parece muy bien.

ROS. (*Descompuesta ante la serenidad de Gonzalo.*) ¡Pero, Dios mío! ¿Que clase de hombre es usted?

GONZ. Un hombre... y nada más. Un hombre que no exige nada, que no obliga a nada, pero que no consiente que a las personas que él ama, las obliguen los demás.

ROS. Es monstruoso lo que usted pretende. ¡Mi cuñada es una mujer decente!

GONZ. ¡Decente tenía que ser para que yo me haya enamorado!

ROS. Y yo espero que nunca, nunca, secundará los planes de usted.

GONZ. ¡Ni yo trato de torcer su voluntad!

ROS. ¡Si fuera usted sincero!

GONZ. Lo soy. Palabra de honor. ¡Tan enamorado estoy, que si respeto me pidiera, respeto la había de tener, pero si me pide amor!.. ¡Si me pide amor!...

ROS. (*Interrumpiéndole.*) ¡Pronto lo va usted a saber!... ¡Victoria! ¡Victoria! (*Llamando por primera izquierda.*)

GONZ. ¿Qué hace usted?

ROS. Exigir que termine esta situación ahora mismo. (*A Victoria que acaba de salir por primera izquierda.*) ¡Este caballero te busca! ¡Buenas tardes!

GONZ. Beso a usted los pies. (*Mutis Rosario por primera izquierda.*)

VICT. ¿Qué es esto, Gonzalo? ¿Qué haces aquí?

GONZ. Tu hermano, que me ha mandado llamar. ¿Ha pasado algo?

VICT. Sí; he tenido una gresca con él y temo que la voy ha tener con toda la familia.

GONZ. No te acobardes, Victoria.

VICT. Acobardada estoy, y por eso quiero acabar con esta situación. Yo no tengo valor para ser mala, yo no quiero ser mala y a tu lado me falta voluntad para ser buena. Déjame, Gonzalo, por que esto que hacemos es un crimen y yo me avergüenzo de quererte.

GONZ. ¡Avergonzarte! ¿Por qué? Cuando nosotros no queremos ser malos y la vida nos obliga a serlo, ¿qué culpa podemos tener nosotros? Donde tú te avergüenzas de quererme es aquí, porque tienes miedo a las gentes que te rodean, incapaces de comprender tu derecho a vivir y lo grande de nuestro amor. Pero yo te llevaré, si es preciso, al otro lado del mundo, que mis brazos son bastante fuertes para llevarte y sostenerte.

VICT. ¡Gonzalo!... No. No puede ser.

GONZ. ¿Por qué?

VICT. ¿Y mi hijo?

GONZ. Vendrá con nosotros y yo sabré ser un padre para él. Decídete, que donde quiera que vayamos, principiará para ti una vida y en esa vida volverá a tu pecho la paz y a tus ojos el sol.

VICT. Tengo miedo.

GONZ. ¿De qué?

VICT. No sé... hay una fuerza que me sujeta, algo que yo no me explico me sostiene aún, algo que me hace acordarme de lo que he sido siempre para no querer ser de otra manera.

GONZ. ¿En qué piensas?

VICT. Pienso en mi marido.

GONZ. ¿Le quieres aún?

VICT. No es eso... Pero puede volver... y...

GONZ. ¿Y qué? Esa es tu esperanza? ¿Pero olvidas que tu vida, si él volviese, iba a ser peor aún? Peor aún que la de estos años de soledad y abandono.

VICT. Sí, peor mil veces. Tienes razón, Gonzalo. Mi vida buena, mi vida honrada, se ha acabado para siempre. Tonta soy queriendo sostener una cosa que se derrumba.

GONZ. Y aunque pudieras sostenerla no debías, porque esta vida que tú llamas buena, es para ti el infierno.

VICT. ¡Verdad! Un infierno han sido estos seis años.

GONZ. Si tú quieres yo sabré borrar de tu alma, el pasado y hacerte pensar en que eres otra mujer; una mujer nueva, hecha sólo para mí, como yo para ti nada más me parece que me han hecho.

VICT. Gracias, Gonzalo. Pero son muy fuertes las ligaduras...

GONZ. Pues rompe todo lo que te sujeta y vámonos. Defiende tu vida. Vámonos a otras tierras que sean para nosotros más generosas que estas.

VICT. No, no, no. Yo no sirvo para huir ni para esconderme. Si hubiera un camino honrado para llegar a ti, yo iría a ti, aunque el camino estuviera lleno de espinas. ¿Qué me iba a importar dejarme trozos de mi carne si el alma la tengo ya destrozada? Pero no le hay. Y huir a través de los campos, buscando las sombras para esconder mi pecado, eso no, Gonzalo, que quiero mirar hacia el cielo para que el sol me bese la cara; eso no, porque a la mitad del camino me moriría de pena y de vergüenza y porque no podría decirte nunca ¡te quiero! como te lo digo ahora, ahora que no me avergüenzo de

quererte, porque mi querer no ha manchado este cuerpo que no es mío. El alma, sí, pero el alma es mía y yo te la doy. No puedo darte más porque no soy dueña de nada más. Y ahora, vete, Gonzalo; sigue tu vida por esos mundos y alguna vez acuérdate de esta pobre mujer que te dió su llanto y que te dió su alma... ¡Vete, Gonzalo!

GONZ. No seas cobarde. Piensa lo que te espera aquí y lo que podrías en contrar allí. ¡Ven!

VICT. No.

GONZ. ¿De veras no?

VICT. De veras.

GONZ. ¿Qué va a ser de tu vida entonces?

VICT. No sé... Mi vida no tiene remedio. Vete, Gonzalo.

GONZ. Adiós, Victoria. Me marcharé ya sin volver a verte.

VICT. Es mejor.

GONZ. ¿Me das la mano?

VICT. (*Le alarga una mano que él estrecha entre las suyas.*) ¡Adiós!... ¡Que seas feliz!

GONZ. Adiós, Victoria. ¡Ojalá que llegues tú a serlo! ¡Ojalá pudiera yo lograr que lo fueses!

VICT. Gracias, Gonzalo. (*Ella arranca suavemente su mano entre las de Gonzalo que hace mutis. Al quedar sola Victoria se deja caer en una silla sollozando nuevamente. Baltasara sale primero izquierda.*)

BALT. (*Al verla.*) ¡Eh! ¡Victoria! ¿Que te pasa? ¿Estás llorando? ¡Pobrecita mía! ¿Qué te pasa? ¿Quieres que le arranque el moño a alguna?

VICT. Déjame.

BALT. (*Tratándola como si fuera una niña mimosa.*) ¡Hija de mi corazón! ¡Hija de mi vida! Si de todo son capaces las gentes de esta casa. ¿Por qué lloras? ¿Qué te han hecho?

VICT. Nada, déjame.

BALT. ¡Que te deje! ¡A ellos si que los voy a dejar, pero va a ser lisiaos a cantazos! ¡Vaya, que no nos merecemos la vida que nos dan!

VICT. No alces la voz...

BALT. Y tó por culpa de esa mala pieza de cuñada que Dios te ha dao, que es una perra, y del perro de tu marido que te abandonó... ¡Sí, señor! ¿Por qué no se casarían ellos dos, ya que son tal para cual? (*Acariciando a Victoria.*) ¡Mi pequeña, mi chica, no llores...

(*Se oye la voz de Melecio arreando un burro.*)

MEL. (*Dentro.*) ¡Quieto, chico, que me inflas a patás! (*Entra con Julito en brazos y lo deja en la puerta. El chico entra corriendo hacia Victoria.*)

VICT. ¡Mi hijo!

JULITO ¡Mamá! ¡Mamá!

BALT. (*A Melecio que se ha quedado parado en la puerta.*) Pero, ¿qué haces, recondenao?

MEL. Que no quiero pisar aquí...

BALT. Está bien.

MEL. Pero me he encontrao al zagal al saliir de la escuela y me ha dicho que ha quedao sobresaliente y yo he dicho: ¡rediez, sobresaliente! pues vaya corría que te voy a dar. Lo he montao en el borrico y se lo he traído a su madre escapao.

BAL.T Hombre, ahora pues pasar aunque lo ensucies too...

(*Entra Melecio.*)

JULITO Mira, mira mi premio, mamá!

VICT. (*Comiéndose al chico a besos.*) ¡Hijo mío! ¡Mi sol! ¡Mi vida! ¡Mi esperanza!

BALT. ¡Qué rico!

MEL. Está hecho un borreguillo.

VICT. ¡Precioso, divino!...

JULITO — Mamá, yo quiero merendar.

VICT. — Sí, hijo, sí; la vida que me pidieras. ¡Baltasara, dale pan y mermelada!

BALT. — (*Cogiendo al chico.*) Ven.

MEL. — (*Va a cogerle de la otra mano.*) Ven.

BALT. — ¿Dónde vas tú, animal.

MEL. — A ver a la Sera... digo... a eso, a darle de merendar...

BALT. — Anda, pasa; que te dejo porque has traído al niño.

(*Por primero derecha Román y Julián.*)

ROM. — ¿Qué pasa con tanto ruído?

VICT. — Mi pequeño que llega de la escuela, y qué le han dado sobresaliente.

ROM. — ¡Pues anda! Todavía creía yo que pasaba alguna novedad.

VICT. — (*Ofendida.*) Para usted no, para mí inmensa. (*Por el lateral izquierda se oye ruído de cacharros rotos.*) ¡Dios mío!

(*Sale Julito corriendo y se refugia en las faldas de su madre que le espera y le ampara. Detrás sale hecha un basilisco Rosario y detrás Baltasara procurando contenerla.*)

JULITO — Mamá, mamá, mamá...

ROS. — No te escapas, me las has de pagar.

VICT. — ¿Pero qué es esto?

ROS. — Demonio de chico, menudo estropicio, ha hecho en el comedor, le voy a reventar.

VICT. — A mi hijo.

ROS. — A tu hijo... Te lo guardas si no. No tengo hijos y no voy a soportar la mala educación del tuyo.

VICT. — Esto es insufrible, mi hijo ha de ser sagrado para ti.

ROS. — Pues yo le cogeré.

VICT. — ¡A mi hijo! (*Como una leona que defiende a los suyos.*)

ROS. — Sí, a tu hijo. (*Julián se interpoue entre las dos.*)

JUL. Calma.

VICT. No será, por que ahora mismo nos vamos para siempre de esta casa maldita.

JUL. ¿Victoria? *(Procura contenerla.)*

BALT. *(Deteniendo a Julián.)* ¡Déjela usted, que tié razón y yo me marcho co ella...

ROS. Si ya lo decía yo...

JUL. ¿Dónde vas, Victoria?

VICT. Voy... no sé... Voy donde vivan gentes, que si no tienen piedad para una mujer abandonada, al menos, para su pobre hijo si tengan compasión. *(Inicia el mutis Victoria amparándola Baltasara, mientras Román y Rosario contienen a Julián que quiere seguirla también.)*

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Lujoso hall de un hotel situado frente a la playa de San Sebastián. Al foro irador de cristales y en la izquiera formando un ángulo la entrada de un salón que se supone hay dentro. Foro derecha puerta de entrada en forma de chaflán. Primera izquierda y segunda derecha puertas de paso a las habitaciones interiores. Muebles de lujo coquetones amueblan el hall.

En una mesita con periódicos un encendedor que funciona y caja de cigarrillos y puros. Estamos en pleno mes de agosto.

—

(Al levantarse el telón la escena está en la penumbra, viéndose a través de los cristales del foro el mar iluminado por la luna. Del salón llega ruido de risas y voces alegres. Fisgando hacia el salón está BALTASARA, más vieja que en el acto anterior y vestida al estilo de las criadas de casa grande. En la puerta de la derecha una doncella joven y bonita habla con alguien que debe estar fuera.)

BALT. ¡Reirse, reirse condenaos!... ¡Lástima no tuviérais que salir a mondar el rastrojo...! ¡Vamos, que dipués de tanto esperar, traerme esta gentuza... ¡Y esta chica es ciega o no me quiere ver...! ¡Si supiera ella la sorpresa que le aguarda! ¡Eh!, eh... ¡Victoria!

MARIA Eso no, que si subes me enfado...

BALT. Que si quieres... Ni mira hacia aquí.

MARIA ¿Cómo? ¡Que te gustan los puros!

BALT. ¡Qué desesperación!
MARIA ¡So tonto!
BALT. ¡Cómo tonto! ¡Será tonta!
MARIA ¿Habla usted conmigo?
BALT. ¿Pues con quien hablas tú?
MARIA ¡Con mi Mele!
BALT. ¡Con tu Mele! ¿Y quién es tu Mele?
MARIA Ese chico de la mili, que...
BALT. ¿De la mele de la mili...?
MARIA Ese chico, que ya le dije a la señorita; que me espera tos los días de seis a siete. ¡Ese chico que está sirviendo al rey!... ¡Mi novio, mi Mele...!
BALT. ¡Tu novio, tu mele, tu mili...! ¡Pues sí que tengo yo el humor pa acertijos! ¡Anda, anda, mira a ver si pues entrar al salón y dices a la señorita que salga.
MARIA (*Resistiéndose.*) ¡Pero si el señor Duque no se separa de ella! ¿No lo ve usted?
BALT. ¡Pues yo necesito verla en seguida, en seguida, porque esta carta me está quemando el corazón!
MARIA ¡Pues ya se la daremos cuando se marchen todos! ¿A usted qué mas le da?
BALT. ¿Cómo que qué mas me da? ¡Pues no te he dicho de quién es!
MARIA Del hijo de la señorita, ¿y qué?
BALT. ¿Cómo y qué, descastada? ¿Pues que no te he dicho que hace un mes que no escribe, y que yo lo quiero como si fuera hijo mío...? ¿Es que tú no has tenío hijos?
MARIA Yo soy doncella.
BALT. También soy yo ama de llaves y he tenío uno que se me murió a poco de nacer...
MARIA ¡Digo que estoy soltera!
BALT. ¡Toma, también estaba yo!
MARIA ¡Ah! ¿Y qué le dijeron sus padres cuando lo supieron?

BALT. ¡Anda, pues cogieron un berrinche... que me me pusieron a criar!... Y asina fué como entré en casa del padre de la señorita Victoria, y desde entonces...

MARIA Vive usted con la señorita.

BALT. Y no pienso dejarla nunca, porque, a más que la he criao, es muy buena mi Victoria.

MARIA ¡Oiga usted! ¿Y por qué le llaman «Flor de Nieve»? ¿Es su nombre de guerra, verdad?

BALT. ¡Y a ti qué te importa!

MARIA ¡Ay, hija, como soy nueva en la casa...

BALT. Pues como seas preguntona no te harás vieja...

MARIA Calle, que hacia aquí viene la señorita. ¡A ver si me da permiso para...

VICT. ¿Qué haceis aquí? ¿Cómo no estais preparando el salón para cuando lleguen mis invitados. *(Enciende la luz. A María.)* ¡Anda, ve!

MARIA (*Aparte.*) ¡Ay, mi Mele...! ¡Me parece que no le veo hoy! (*Mutis primera derecha.*)

VICT. Y tú...

BALT. Yo quería...

VICT. ¿Qué querías?

BALT. Esta carta.

VICT. Venga. (*Toma la carta y, al verla, su rostro expresa una gran alegría.*)

BALT. ¿Es del chico, verdad?

VICT. Sí. Luego te la leeré.

BALT. ¿Luego? ¡Todo el día esperándote y por fin vienes para dejarme con la misma impaciencia! ¿Cuándo la vas a leer?

VICT. Cuando me dejen sola contigo.

BALT. ¿Y cuándo va a ser eso?

VICT. No sé; seguramente al amanecer.

BALT. ¡Uy, uy, uy!... Con lo que ya he padecido, si estoy sin saber lo que dice hasta el amanecer, me muero, me muero...

VICT. ¡Y yo de ganas de leerla, puede que también!

BALT. Pues ¡anda! Pégale un pellizco al sobre... ¡Anda! Lee un poquito, lo que puedas...

VICT. ¿Y si salen?

BALT. ¡Yo estaré de centinela!... que aunque no te vea leerla, con tal que la oiga... ¡Anda lee, lee!... Yo te avisaré.

VICT. (*Rasgando trémula el sobre.*) ¡Pobre hijo mío; qué enfadado debe estar con nosotras! ¿Qué nos dirá?

BALT. ¡Date prisa!

VICT. (*Leyendo.*) «Ginebra, diez y seis de agosto de mil novecientos... Mamaita de mi alma, ¿cuándo vienes? ¿Cuándo vas a venir? Hace más de quince días que han comenzado las vacaciones y tu pobre Julio, que otros años por esta fecha ya había dado contigo sus primeros paseos por el lago con entera libertad, hoy ha despedido al último compañero que partió con su familia dejándole solo en este caserón tan grande como tú dices, donde aun me parece oir las risotadas de los que se fueron llevándose mi alegría...

BALT. ¡Pobrecico!

VICT. «Te he dicho que me han dejado solo y no es cierto, porque conmigo aun quedan dos más...

BALT. ¡Sigue!

VICT. «Aquel niño ruso de ojos grandes y claros que sus padres tienen olvidado en el colegio desde que estalló la revolución en su país, y Juan Manuel, aquel amiguito compatriota nuestro, que su papá era jefe de soldados en Melilla. ¿Te acuerdas?

BALT. ¡Sigue!

VICT. «El señor director, días atrás, recibió una

carta de España, y llamaron a Juan Manuel, y le hicieron mil regalos, y le acariciaron mucho, y le vistieron de luto, y... no sé... ¡Me parece que estas vacaciones tampoco vienen a por él!

BALT. ¡Pobrecico!

VICT. «A mí me ha dicho que no me separe de su lado y que le distraiga... y no sé cómo arreglármelas porque a nada quiere jugar. A ratos llora pensando en su papaito, y el ruso y yo no sabemos qué hacer, porque si lloramos también ¿cómo vamos a alegrarle? Dínoslo tú. ¿Qué hacías tú para alegrarme a mí cuando murió mi papá. (*Le corta la voz un sollozo sin lágrimas.*)

BALT. ¡Sigue, sigue que van a salir!

VICT. «Con todo esto me pasa que por las noches tengo unos sueños tan raros, que unas veces te veo a ti enferma y otras te veo riñendo con Baltasara, mi madre Baltasara que ya no me quiere. Y no quiere venir...

BALT. ¿Que no...? ¿Que no quiero ir?... ¿Por dónde se va a Giniebra? Apúntamelo en un papel...

VICT. ¿Qué vas ha hacer?

BALT. ¡Marcharme esta misma noche!

VICT. ¿Pero no sabes lo mucho que he luchado por liberarme del Duque? ¿Tú crees que yo puedo consentir que me acompañe, que yo puedo esperar a que mi hijo me pregunte quien es?

BALT. ¡Pues vámonos tú y yo solas!

VICT. Pero si antes no le explico yo a este hombre el motivo de mi viaje, sus estúpidos celos le harán ver mil tonterías. Y decirle donde voy para que el día menos pensado nos busque un conflicto; tener que discutir con él sus derechos y los de mi hijo, nombrár-

selo tan siquiera, es algo tan mísero, tan vergonzoso, que me parecería robarle el perfume de su honradez.

BALT. (*Compugida.*) ¿Y no le veremos este año?

VICT. ¡Quién sabe! ¡Déjame! Estoy loca, deseando acabar, temiendo acabar, sintiendo comezones de arrojarlo todo la borda...

BALT. ¡Eso, y con dos piedras asina pa que no salga a flote otra vez!

VICT. ¡Vete que salen! Recoge aquello del salón. ¡Déjame! (*Mutis Baltasara foro izquierda.*) (*Entra Margarita volviéndose como si hablase con alguien que permanece dentro en el salón.*)

MARG. Te he dicho que no. Me quedo aquí respirando la brisa del mar.

VICT. ¿Pero qué te pasa?

MARG. Nada, que Pepe Luis me pone de mal humor.

VICT. ¿No dijistes antes que estabas muy contenta?

MARG. Sí que estoy contenta; pero a los hombres no se les puede decir la verdad.

VICT. ¿Ni a Pepe Luis?

MARG. Poquitos moños se pondría el sinvergüenza ese si creyese que no respiraba yo mas que a su lado. (*Margarita se sienta junto a la mesa, saca un cigarrillo de la caja y lo enciende en el encendedor sin dejar de hablar.*

VICT. ¡Y es verdad!

MARG. ¡Qué va a ser verdad! Que me gusta un poco; pero de eso a estar metida en el canasto, hay un precipicio por medio.

VIC. No lo niegues. Si no haces mas que tonterías por él y hasta le sacas dinero a tu banquero para dárselo a Pepe Luis.

MARG. ¡Y eso qué importa! ¿Tú crees que mi ban-

quero, como tú le llamas, no lo sabe? Pero que va a hacer. Está chalao por mí, y con tal de no perderme hace la vista gorda. Y si no fuera así le dejaría plantado.

VICT. ¿Pero dejarías a don Generoso por ese sinvergüenza de Pepe Luis?

MARG. Por ese o por otro. Don Generoso tiene mucho dinero y muchos más años que billetes de mil pesetas, y yo que soy muy chula estoy de viejos hasta más arriba del sombrero. Yo necesito un frescales como Pepe Luis, que me de coba por la feten y que me saque los cuartos. Yo no estoy en tus condiciones, el duque es joven y guapo y parece que te quiere.

VICT. No lo creas. Ni él me quiere a mí, ni ningún hombre nos quiere a nosotras. Nosotras no somos mujeres de cariño: nosotras somos mujeres de lujo. El lujo es caro y deben pagarlo, y si alguno se arruina por nosotras, no es por amor, es que por necio o por osado se le ocurrió poner los ojos en algo que estaba por encima de sus medios.

MARG. Tienes razón; a mí no se me ocurrió nunca desear la Luna, por que de sobra sé que no se llega a ella con las manos, y después de lo que me has dicho me gustaría arruinar a don Generoso, pero no puedo. ¿De dónde sacará tanto dinero ese viejo?

VICT. Y que adelantarías con arruinarle. Sería en desgracia suya y sin beneficio para nadie.

MARG. ¿Y tú? ¿No haces lo propio?

VICT. Yo soy distinta. Soy incapaz de querer a ninguno y menos de encapricharme como tú.

MARG. Bueno; sermones, no. No me riñe mi banquero, que es el que paga a los dos y me

vas a reñir tú. Vamos que no. Con que déjame en paz, que cada una es cada una.

VICT. (*Con amargura.*) Eso es verdad: cada una, es cada una.

MARG. Haremos lo que tú, que te llaman Flor de Nieve porque no tienes ley a nadie.

VICT. A nadie mas que a uno. A mi hijo. No hay en mi vida otro cariño ni puede haberlo.

MARG. ¿Entonces, si no quieres al duque por que le eres fiel?

VICT. Le soy fiel porque esa es mi voluntad; pero quererle, ¿por qué rázón? ¿Qué se gasta su dinero conmigo? Pues yo le doy todo lo que en mí puede ser vendible. El cariño es cosa aparte.

MARG. Alguna vez puede que te enamores, y entonces...

VICT. ¿Enamorarme? Imposible, porque estoy enamorada. ¿No te lo he dicho?

MARG. ¿De tu hijito?

VICT. Sí. He estado enamorada dos veces. La primera, siendo casi una niña, del hombre que me hizo su esposa y me abandonó antes de nacer su hijo, y ni siquiera he podido darle la noticia de que ha nacido. La segunda, cegada por el dolor de aquel injusto abandono, me enamoré con locura; tan loca estuve, que en ese segundo amor se perdieron todas mis virtudes. También este hombre me abandonó, pero ya le he perdonado, porque me curó para siempre del amor de los hombres.

MARG. Eso nos lo hemos creído todas y luego nos equivocamos.

VICT. Yo no me equivoco. Yo veo ya las cosas de la vida tan negras como son.

MARG. ¡Chica, eres un ciprés!

VICT. Mi vida entera me pesa y sólo mi único amor me hace soportarlo.

MARG. Haces mal. La vida es una fuente de delicias.

VICT. O de amarguras.

MARG. Según el caño donde llenes el cántaro.

VICT. Es que yo no puedo elegir. Eligieron los que me encontraron en el camino de mi vida, y lo que a mi me suceda será siempre a elección de los demás.

MARG. Eres una gran romántica.

VICT. Te equivocas. Soy la más vulgar de las mujeres; la honrada, que después de no serlo, quiere volverlo a ser; la que después de ser mala, quiere ser buena; la que vino a la vida con sed de cariño, y por cariño lo perdio todo; la que en los sueños de sus días juveniles buscaba un rinconcito bañado por el sol, para formar su nido en el refugio de unos brazos amantes y que hoy sólo desea ser vieja para gozar del cariño de su hijo.

MARG. Lo dicho; esta noche estás muy romántica.

VICT. Calla, que vienen.. (*Entran Pepe Luis y el Duque.*)

P. LUI. En vista de que no se me ha hecho caso, vengo con la Autoridad.

MARG. No le hagas caso, es un pelma.

DUQ. ¿Pero qué pasa esta noche, Victoria?

VICT. Nada que me he quedado aquí entretenida con Margarita.

MARIA (*Saliendo.*) ¡Señorita! Acaban de traer esta carta.

VICT. Dame. (*Hace mutis María primera derecha.*)

DUQ. Vamos, ya se explica la espera en este sitio. ¿Qué es eso? ¿Quién te escribe?

VICT. Ya salió el celoso.

DUQ. Bien, lo soy. ¿Es algún crimen ser celoso? Dame la carta.

VICT. ¿Es que yo no puedo recibir cartas?

DUQ. Según de quien sean.

VICT. ¡Muy bonito! ¡Según de quien sean! Te equivocas. No admito limitaciones en mi correspondencia.

DUQ. Dame esa carta.

VICT. No.

DUQ. ¿Qué no? (*Intenta arrebatársela y se pincha con un alfiler.*) ¡Ay!

VICT. ¿Ves? ¡Por hacer tonterías!

MARG. Vaya, no hay que hacer el Otelo.

DUQ. Claro, mis sospechas son fundadas. Ese niño litri que anoche te estuvo mirando toda la noche en el teatro.

VICT. ¿Quién?

DUQ. Aquel estúpido de la fila 7.

MARG. ¡Ah! Ya caigo. Pero si era un adolescente.

P. LUI. Jovencísimo. Lo que hizo no tiene importancia. Aleteos de un pollo tierno.

MARG. Y, además, no se por qué se enfada usted. Si a quien miraba era a mí.

P. LUI. ¿A ti? A ver si te tengo que lesionar.

VICT. A cualquiera que fuese, no tiene importancia. Vamos, no seas tonto, que no me gustan estas escenas. Voy a leer la carta. (*En este momento el Duque aprovecha un descuido y coge la carta.*)

DUQ. ¡Ah! ¡Ya es mía!

VICT. Bien. Eso no es de caballeros.

DUQ. ¿Y qué importa?

VICT. Robarme una carta y leerla contra mi voluntad, no es de caballeros, te digo.

MARG. ¿Qué va a ser? Es muy chulo. (*El Duque va a abrir la carta y se detiene.*)

DUQ. Verdaderamente no es de caballeros. Es una incorrección por lo menos. (*Pausa.*)

Mira, Pepe Luis, ábrela tú y leela en voz alta. (*Le da la carta.*) Así salgo de dudas y sigo siendo un caballero.

P. LUI. Y yo un sinvergüenza, puesto que abro esta misiva.

DUQ. A ti te lo impone la amistad y tu cargo de secretario mío. Tienes la obligación de velar por mi dignidad.

P. LUI. Es cierto. Así abrimos la carta y los dos quedamos como tales caballeros. (*Rompe el sobre, saca un papel y pasa la vista por él. Luego mira al Duque con gesto de conmiseración.*)

DUQ. ¿Qué te detiene? Lee pronto.

P. LUI. ¡Desdichado amigo!

DUQ. ¡Vamos, acaba!

P. LUI. Mira que esto es terrible. Mira que es mucho mejor que no te enteres.

DUQ. ¡Qué leas te digo! ¡Aunque sea mi sentencia de muerte!

P. LUI. Pues escucha. «Madame Teniers, modes, robes, chapeaux y manteaux.» Por una capa de seda 1.200 pesetas. Dos batas de verano con...

DUQ. Basta, no leas más...

P. LUI. Tres sombreros...

DUQ. Quieres callar.

P. LUI. Ya te advertí yo que era terrible. Esto es peor que que te la peguen.

MARG. Ha pagado usted cara su curiosidad.

DUQ. No la he pagado todavía.

VICT. Pero las pagarás.

P. LUI. ¡Total, 6.336 pesetas! Menos mal que es capicúa.

VICT. El señor celoso está satisfecho.

DUQ. Mucho, encantado.

VICT. A ver si se te cura la curiosidad.

DUQ. Me perdonas, ¿no es cierto?

VICT. No tiene importancia. Y permíteme que vaya un momento a mi tocador. (*Mutis primero izquierda.*)

P. LUI. Ahora me vas a explicar tú a mí lo de las miradas del pollo tierno.

MARG. Mira que te doy una cuenta de mi modista.

P. LUI. ¡Chit!... Ni media palabra, no interrogo. (*Por la derecha se oye gran algazara de risas.*)

VOCES ¡Ah de la casa! ¡Fernando! ¡Fernando!

DUQ. ¿Qué pasa?...

P. LUI. Nada. Los de siempre. El Marqués, Lulú, Fifi y don Generoso, que vendrá como Fausto por su Margarita.

MARG. ¡Mi don Generoso no podía faltar; qué pelmazo! (*Entran en tropel los citados y en último lugar Gonzalo, en el que se notarán los años transcurridos desde el primer acto. Las muchachas visten con elegancia.*)

MARQ. (*Desde la puerta al Duque.*) ¡Dame la enhorabuena! ¡Mira quién te traigo!

DUQ. ¿Quién?

D. GEN. ¡Una adquisición!

GONZ. (*Apareciendo y tendiendo los brazos al Duque.*) Fernando!

DUQ. ¡Gonzalo!.. ¿Tú, por aquí? ¡Chico, qué alegría!.. ¿Qué es de tu vida?.. ¿Pero, dónde te metes..?

GONZ. ¡Hasta ahora con nuestro embajador en Rusia; creo que te lo dije.,.!

DUQ. ¿Y qué haces por aquí?

MARQ. ¡Revoloteando; le hallamos en el Kursaal...

GONZ. Estoy de paso en San Sebastián; traigo una misión confidencial para el ministro de Estado y salgo mañana para Madrid.

DUQ. ¡Ah, pues esta noche nos perteneces!

FIFI. No faltaba más.

LULU Esta noche es nuestro.

DUQ. Ven que te presente a la diosa. (*Llamando.*) ¡Victoria, Victoria!

VICT. Voy.

DUQ. Sal, mujer.

VICT. (*Apareciendo.*) ¿Qué quieres?

DUQ. Presentarte un amigo. (*Presentandoles.*) Gonzalo Robledo, brillante diplomático... La dueña de esta casa y de mi corazón. (*Victoria y Gonzalo, turbadísimos, balbucean un saludo inmutados.*)

MARG. Generoso, preséntame.

D. GEN. ¡Ah, sí..! Amigo Gonzalo; preséntole unas de mis debilidades! Mademoiselle Margot, née Ruperta Cabezón.

P. LUI. Una especie de ginete del Apocalipsis, con melena a lo garçon.

GONZ. (*Hace un saludo.*)

MARG. (*A P. Luis.*) Oye, tú, ¿el qué me has llamao?

P. LUI. Ya te lo explicaré luego.

DUQ. Y ahora vamos a festejar la llegada de Gonzalo tomando una copa de champán.

D. GEN. ¡Bravo! Y yo cantaré un zortzico en su honor.

TODOS (*Protestan.*) No, no; eso no. Primero no bebemos.

GONZ. Háganlo por mí.

MARG. Usted lo merece todo.

DUQ. Vamos al salón. (*A Gonzalo.*) ¡Te cedo mi dama! ¡A tal señor...

GONZ. (*A Victoria, precipitadamente, presentándole el brazo.*) ¿Me hace usted el honor?

VICT. (*Aparte.*) ¡Sin honor hubiera dicho yo!

GONZ. ¡Victoria!

VICT. (*Imponiéndole silencio.*) ¡Chist! (*Mutis Victoria y Gonzalo los primeros, a los que siguen los demás dando el brazo a las señoras según les pille la colocación en escena, y el último el Duque. Tras una leve pausa, sigilosamente por la derecha, sale María.*)

MARIA ¡Esta es la ocasión! ¡Dos puros más!... (*Con un suspiro.*) ¡Ay, mi Mele! ¡Cuántos sacrificios me cuesta! ¡Le tengo que mantener hasta de tabaco! (*Se acerca a la mesa y coge dos que se guarda en el pecho.*) ¡Pero me quiere tanto!... (*Yendo al foro.*) ¡Mírale, mírale donde está!... (*Como si hablase con él.*) No; no puedo bajar... Hay visita... ¿Qué? ¿Que has perdido el rancho? ¿Que no vas a cenar? ¡Ay, Dios mío, con lo que yo le quiero! (*Compugida.*) ¡Y todo por no bajar! Yo le dije a la señorita que de siete a ocho quería salir todos los días, y como ya son las ocho y media, me he pasao, ale... (*Por señas.*) Sube... Sube... Tengo cigarros... Y te daré cena. ¡Sube! (*Separándose de los cristales.*) Voy a decirle que...

BALT. (*Entrando por el salón anonadada.*) ¡Madre de Dios, madre de Dios... ¡El señorito Gonzalo en esta casa! ¡Vamos, vamos que no me cabe en la cabeza, no me cabe... Es mú grande!

MARIA ¡Baltasara, yo voy un momento a...

BALT. A preparar el comedor, que quieren beberse una copa... ¡Una copa de hiel y vinagre tenía que ser!

MARIA Es que yo quería salir a...

BALT. ¡Arreglar el comedor y a servirles lo que te pidan, que yo no quiero ni verle... ni oírle! ¡Anda, anda antes que entren y yo te ayudaré! ¡Condenaos, que van a quitarme la vida! ¡Anda, mujer! (*Mutis ambas por primera derecha. Después de una breve pausa asoma por el foro Melecio vestido de soldado.*)

MEL. Se... se puede... ¿Tampoco está aquí?... ¿Entonces para qué me dice que suba?... ¡Vamos, que si salieran!... ¡Menos mal que

el señorito Gonzalo debe ser algo en esta casa, porque le he visto entrar, asina es que si salen, por él preguntaré!... ¡Rediez lo que tiene uno que sufrir! ¡Y tó pa fumar de lo bueno! (*Coge dos puros y unos cuantos pitillos de las cajas que hay encima de la mesa.*) ¡Y menos mal que se puede! ¿Dónde estará mi chata?

BALT. (*Saliendo, sin dejar de hablar con María.*) Ahora, saca las botellas y espera.

MEL. (*Con un movimiento instintivo de huida.*) ¡Mi madre!

BALT. (*Sobresaltada.*) ¡Eh! ¿Quién es?

MEL. (*Asombrado.*) ¡Pero, anda!... ¡Si es la Baltasara!

BALT. ¡Melecio!

MEL. ¿Pero es usted?

BALT. ¿Pero eres tú?

MEL. ¡No la había conocido!

BALT. ¡Ni yo a ti!

MEL. ¡Cómo está usted tan maja!

BALT. ¿Y tú, como llevas esa ropa?

MEL. Pues ya ve usted. Venga un abrazo, rediez. Pero qué bruto soy! ¡Si he visto entrar al señorito Gonzalo! ¡Me debía haber figurao que estaban ustedes aquí!

BALT. Bueno. ¿Y por el pueblo, qué?

MEL. Bien toos.

BALT. ¿Y tu novia, la Serafina?

MEL. Allí está rabiando por que me licencien, pa casarnos.

BALT. ¿Pero aún dura eso?

MEL. ¡Claro! ¡No ve usted que nos hemos jurao amor eterno pa toa la vida!

BALT. Bien, bien. ¿Y a too ésto, no te he preguntao que haces tú aquí?

MEL. (*Turbado.*) Pues... pues que no lo sé... ya se lo he dicho, sirviendo al Rey.

BALT. No, si digo en esta casa. ¿Por qué has entrao aquí?...

MEL. Pues... mujer... ¿Pa que iba yo a entrar?... Pues, porque... como vi entrar al señorito Gonzalo... dije... digo... ¡Hombre, voy a ver si quiere algo pa el pueblo, ya que pronto van a licenciarme.

BALT. ¿Y no podías habérselo dicho en la calle?

MEL. Ya lo pensé, ya... pero... como le vide en compañía de dos cocos...

BALT. ¿Te dió miedo?

MEL. No, señora, me dió vergüenza.

BALT. Se la podías haber regalado a cualquiera de las cocos; o al señorito Gonzalo, que buena falta le hace.

MEL. ¡Pero que Baltasara ésta! ¡Usted siempre con su mal genio!

BALT. Y tú siempre sobrando de mi lao. De modo que hala, ya puedes marcharte.

MEL. ¿Cómo? ¿Sin ver a la señorita Victoria, ni al chico?

BALT. ¡Sin ver a nadie! ¡No te hace falta!

MEL. ¡Pues dígame al menos como están!

BALT. ¡Na te importa; largo de aquí, largo de aquí!

MEL. Bueno, bueno... ya me voy. (*En el momento que inicia el mutis Melecio, aparece María con una bandeja; al verle exclama:*)

MARIA ¡Melecio!

MEL. (Me mató.)

MARIA ¿Dónde vas?

BALT. (*Sorprendida.*) ¡Ah! ¿Pero tú le conoces?

MARIA } (*Al mismo tiempo.*) { ¡Sí, señora!
MEL. } { ¡No señora!

BALT. ¿En qué quedamos?

MARIA ¡Es mi novio; mi Mele!

BALT. ¿Qué éste es tu mili?...

MARIA Sí, señora. Me ha jurao amor eterno pa toa la vida.

MEL. Diga usted que yo...

BALT. ¡Desvergonzao; lo que digo es que te vayas de aquí ahora mismo, y que no vuelvas a mirar a esta pobre chica.

MARIA ¿Pero qué pasa?

BALT. ¡Que te está engañando, infeliz! ¡Qué tié novia en el pueblo; que la conozco yo!

MARIA (*Compugida.*) ¡Eh... eh!... ¡Que me está engañando! ¡Que tiene novia; que tiene novia... (*Rompe a llorar.*)

MEL. (*Suplicante.*) Baltasara...

BALT. ¡Pa eso, pa eso servís los hombres; miala, hecha una Madalena!

MEL. Yo...

BALT. ¡Tú y tos los que se visten por los pies, que sois unos zánganos! (*Dándole empujones.*) Hala, hala, vete de aquí; y como yo me entere que dices por el pueblo que nos has visto, le escribo a la Serafina to esto, pero cuando ya estéis casaos, pa que te haga la vida imposible. (*Dándole manotazos hasta obligarle a salir.*) ¡Gandul, mala persona, fuera de aquí... fuera de aquí... fuera de aquí! (*Cuando ha echado a Melecio se vuelve hacia María, que no deja de llorar.*) ¡Y tú... tú no llores más; no llores más he dicho, que ningún hombre lo merece...!

MARIA ¡Si es que yo le tenía metido en el pecho!

BALT. ¡Bueno, pues otro vendrá, no te apures...! ¡Hala, consuélate, consuélate, que esto no es ná...! ¡Fuera llantos! Anda, saca lo que tengas ahí... (*Al empujarla le pone la mano en el pecho y exclama:*) ¡Rediela...! ¿Qué es eso que tienes aquí?

MARIA Muchas penas.

BALT. (*Metiéndole mano en el peto del delantal.*) ¡Cómo penas...! ¡Esto son cigarros puros...! ¡Rediez, qué chasco...! ¡Ya decía yo que es

tabas tú mu apurá...! ¡Anda, anda pa la cocina, que luego hablaremos, cordera! (*Mutis de Maria. Pausa.*) Señor, señor, cómo están las mujeres; hasta cigarros llevan en el corazón... ¡Ay, si a mí me dejaran! ¡Lo primero que hacía era ponerlas a todas meriñaque; a ese condenao le echaba veinte años de recargo en el servicio, y a ese otro que está ahí dentro, le agarraba de las solapas y le decía... Pero... oíga usted, so... so... señorito; a mí me... a mí... a mí... no me pilla. (*Intenta salir corriendo en el momento en que aparece Gonzalo, que la contiene llamándola.*)

GONZ. ¡Baltasara!

BALT. ¿Eh?

GONZ. ¡Cuánto me alegro de verla; no la había conocido, deme un abrazo, mujer! (*La abraza.*)

BALT. (*Confusa, pero rehaciéndose.*) Menos abrazos, eso es... ¡Que... que... vamos, si no fuera porque... yo no soy más que la Baltasara...

GONZ. Sí, mujer, sí, ya lo sé. Me he portado muy mal con ustedes. ¡Soy un mal hombre!... ¡Soy lo que usted quiera, pero... cómo iba yo a figurarme que tendría este desenlace nuestra separación! ¡Estoy aterrado! ¡Es preciso que las cosas vuelvan a su lugar!

BALT. ¡Las que tienen que volver a su lugar semos nosotras, que ya hemos rodao bastante!

GONZ. ¡Es preciso que yo hable con Victoria; ha quedado en venir en cuanto pueda escurrirse...! ¡Cuánto tarda ya! ¡Necesito entrevistarme con ella inmediatamente!

BALT. ¿Y al Duque, ande lo metemos?

GONZ. (*Febril, sin entenderla.*) ¡Donde sea, como sea...! Mañana salgo para Madrid...

BALT. ¡Otra embajada; pues ya no le golvemos a ver!

GONZ. ¡Y antes necesito una orientación...! ¡Cuando la he visto me pareció que con un pedrusco me daban en el pecho...! ¡Cuánto tarda esta mujer! ¡Ah! ¡Gracias a Dios! ¡Ya está aquí!

VICT. (*Entrando.*) ¡Sólo unos instantes, no puedo faltar del salón...! ¡Déjanos, Baltasara!

BALT. ¡Aquí lo tienes!

VICT. ¡Ya lo sé!

BALT. ¡El perdido!

VICT. ¡Déjanos!

BALT. El mal hombre...

GONZ. ¡Baltasara...!

BALT. Sí, sí, sí, no me mire; no me haga esa cara fea, ni me ponga esos ojos, porque si usted hubiera visto como se nos pusieron a nosotras llorando por usted... ¡Ya me voy, ya...! ¡Ay, si pegaran conmigo, otra cosa había de ser! (*Mutis primera izquierda.*)

VICT. (*Conteniendo un gesto de Gonzalo.*) ¡Déjala, no perdamos tiempo! ¿Qué deseas?

GONZ. Hablar contigo a solas.

VICT. ¿Qué quieres decirme?

GONZ. Necesito pedirte perdón.

VICT. ¿Y qué es lo que te he de perdonar, si entre nosotros no hay ya nada de común?

GONZ. Todo lo malo que he sido para ti, todo lo que te hecho sufrir con mi abandono.

VICT. ¿Y te acuerdas ahora?

GONZ. Mucho que me acuerdo. Como nos queríamos entonces. ¿Verdad? ¿Te acuerdas?

VICT. No. No me acuerdo, está muy lejos todo eso.

GONZ. Sí. Tienes razón. Muy lejos, en el calendario y en tu alma, pero no en la mía, que al verte esta noche, cuando yo ni sospechaba

siquiera que «Flor de Nieve» y Victoria fueran una misma persona, he sentido un dolor en mi alma que ha hecho resurgir mi cariño.

VICT. ¿Y me lo dices tú, a quien me ofrecí toda yo sin regateos y me pagastes con el abandono?

GONZ. No digas eso. No te abandoné. Nos separamos. Tú no quisiste aceptar la situación que yo te ofrecía.

VICT. Quería vivir contigo.

GONZ. Cosa imposible en mi posición. Socialmente yo no podía complicarte en mi vida. Compréndelo. Por eso te dejé al partir para Rusia cuando me destinaron a aquella embajada. Pero te he querido y te quiero.

VICT. ¿Que tú me quieres? No. Tú no sabes querer. Tu cariño es cariño egoísta, que no comprende el sacrificio. El querer lo entiendo yo de otra manera, a mi modo. El querer es... no sé cómo explicarlo... ratos de placer y de alegría, horas de angustias y dolor, risas y llantos; pero todo confuso, y tan revuelto, que acaba una por no saber cuando ríe y cuando llora; ni cuando llora, si llora de amargura o de alegría, ni si cuando ríe, ríe de placer o de dolor. Se quiere, y entonces se desea la vida cerca del que se ama, aunque se sufra, aunque se haga sufrir, con tal de vivir juntos la misma vida, así sea la vida de la gloria o la vida del ininfierno.

GONZ. Si tú me perdonaras yo viviría siempre tu vida.

VICT. No hablemos más de esto.

GONZ. Es preciso que hablemos.

VICT. Está bien. Hablaremos. Te diré lo que pasó por mí cuando me ví sóla y abandonada por

segunda vez en mi vida. Primero pensé en la muerte y luego me acordé de mi hijo, y puse en él mi cariño doble. El de madre y del amante. El primero por mí, el segundo porque no ha de ser puesto jamás en ningún hombre.

GONZ. ¿Entonces no me explico...?

VICT. ¡Mi vida! ¿No te la explicas? Mi vida es el porvenir de mi hijo. Si la honra se fuera perdiendo a pedazos, un trocito más cada vez que una se entrega a un hombre, yo no sería lo que soy; me hubiera defendido para darle a mi hijo toda la cantidad posible de esa honra. Pero como se pierde una vez y para siempre, ya que no podía darle honra alguna le daré dinero, mucho dinero, que debe valer en el mundo bastante más que el honor, según veo que las gentes venden fácilmente sus conciencias. Y si yo muero, en vez de honor le dejaré mucho dinero..

GONZ. ¿Dejarle dinero? Pero si tú gastas...

VICT. Muchísimo, pero no es mío. Gasto, derrocho, porque es preciso brillar mucho para cotizarse bien en este mundo en que vivimos. Y así los hombres, al mirar las sedas de mis trajes, piensan más en las sedas de mis carnes; y al pararse al ver las chispas de luz que despiden mis brillantes, se dejan prender por las chispas de fuego que despiden mis ojos. ¿Qué quieres? Ya que sea necesario venderse, vendámonos bien. Por mi hijo todo. Por dejarle bien seguro y defendido en la vida, no me importa sacrificar la mía. Cuando su padre, que era mi esposo ante Dios y ante los hombres, me abandonó, me puso fatalmente en el camino de la deshonra, y ésta es la única herencia que yo podía dejar a mi hijo. Pues con giro-

nes sueltos de esa deshonra a que me empujó el padre, y me elevaste tú, yo labraré la fortuna del hijo. Y cuando él sea hombre y yo rica, saldrá del colegio donde se educa en Suiza y endulzará los últimos años de mi desdichada vida.

GONZ. ¿Y si tu hijo llega a saber la verdad?

VICT. Estoy segura de que no tendría más remedio que perdonarme, porque al saber la verdad, sabrá también que a fuerza de sentirme madre, no pude nunca más sentirme mujer. (*Pausa.*) Pero ya hemos hablado más de lo necesario, ¿no te parece?

GONZ. Victoria me enloqueces con tu crueldad.

VICT. No soy cruel, soy justa, y le ruego a usted que desde este momento olvide que nos hemos conocido.

DUQ. (*Apareciendo por foro izquierda.*) ¡Victoria! ¡Victoria! Anda mujer... (*Sorprendido al ver a Gonzalo.*) Perdona... Perdona chico, pero la echan de menos en el salón.

VICT. Déjame, no quiero ir al salón.

DUQ. Es que estoy yo allí.

VICT. Bien, pues continua si te place.

DUQ. Te digo que estoy yo allí.

VICT. Y a mí en este momento me molesta la gente.

DUQ. Entonces es que he venido a molestar... (*Irónico.*) Perdona chico y avísame cuando debo empezar a envidiarte.

GONZ. Esa ironía tuya ofende a la mujer que nos escucha.

DUQ. De eso hablaremos después, solos.

GONZ. Y por qué solos. Esta mujer causa de la conversación debe ser tambien su testigo.

VICT. Les ruego a ustedes que no continuen por ese camino.

DUQ. (*Ofreciéndole el brazo.*) Está bien... ¿vienes?

VICT. No.
DUQ. Y si yo te lo mando.
VICT. Tampoco.
DUQ. Y si te obligo.
VICT. ¡Qué angustia, Dios mío! ¿Qué razón hay para esto? ¿Qué he hecho yo para merecerlo?
DUQ. Basta, Victoria, basta.
GONZ. Te ruego que no insistas en tu actitud, la culpa es mía, por que sorprendido al encontrar aquí a Victoria a quien conocí hace años, he querido que hablásemos un rato como viejos amigos.
DUQ. Me lo he figurado; pero eso se dice en el momento de la presentación.
GONZ. Repito que de toda la molestia que esto pueda causarte, el único responsable soy yo.
VICT. Y yo digo que basta. Están ustedes en mi casa y la que manda soy yo. Y como ninguno de ustedes dos tiene el menor derecho sobre mí, no les permito que me acusen ni que me defiendan.
GONZ. ¡Yo he creido!...
DUQ. ¡Victoria!
VICT. El único hombre que tendria ese derecho y ese deber, se halla muy lejos de mí.
DUQ. Yo necesito...
VICT. Terminar... Pues ya está todo terminado y bien terminado. Salgan ustedes de mi casa...
DUQ. Pero oye... oye...
GONZ. ¡Victoria!
VICT. Que salgan ustedes inmediatamente digo. *(A las voces entran todos.)*
MARG. ¿Qué pasa?
P. LUI. ¿Qué ocurre?
DUQ. Vámonos Pepe Luis. *(Mutis foro derecha.)*
MARG. *(A Victoria.)* ¿Pero habéis regañado? ¡Qué locura!

(*Todos intentan hablar a un tiempo.*)

VICT. — (*Dominando la situación.*) ¡Basta, basta! ¡He dicho que quiero estar sola! ¡Salgan ustedes todos de aquí! (*Cada uno dice una frase de asombro mientras van haciendo mutis.*) ¡Todos!... Ya no puedo resistirles más. Salgan. Salgan... (*Se deja caer en una silla y hacen mutis todos protestando menos Gonzalo que queda como petrificado, hasta que Victoria al verlo exclama.*)

VICT. — ¡Todavía insiste usted!

GONZ. — Victoria, escúchame...

VICT. — He dicho que quiero estar sola, sola. (*Mutis de Gonzalo.*)

(*Baltasara, que habrá entrado con las últimas palabras de Victoria, se acerca a ella.*)

BALT. — ¿Pero qué pasa? ¿Hay pedrisco?

VICT. — Nada, Baltasara, que esto ha llegado a su fin.

BALT. — ¿Qué dices?

VICT. — ¿Te acuerdas de aquel día maldito en que la maldad, la grosería y el egoísmo de las gentes de un pueblo asesinaron mi vida honrada.

BALT. — ¡Sí!

VICT. — Pues hoy, estas gentes, elegantes, distinguidas y frívolas, han puesto también fin a mi vida de cortesana, y desde hoy viviremos las dos solas, muy solitas y muy santamente.

BALT. — ¿De veras?

VICT. — ¡De veras! Esta noche ha muerto «Flor de Nieve». Tan sólo vivirá en mí una madre...

BALT. — Ahora, ahora si que nos podremos ir a Ginebra.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto, pero cuidando de que haya alguna variación en los muebles y sobre todo que las baldosas del piso estén viejas y gastadas por el uso.

VICTORIA, entre caricias, juguetea con PERIQUIN, que es hijo de SERAFINA y MELECIO, al que tiene puesto en pie, sobre una silla o mesa. BALTASARA acaricia a otro. Han pasado quince años desde la acción del primer acto. BALTASARA ha recobrado en parte sus vestidos de pueblo. VICTORIA, cuya figura ha ganado en serenidad, viste con severa sencillez, y SERAFINA, ya con facha de casada, va peor vestida que en el primer acto.

—

VICT. (*Pastel en mano, jugando con Periquín.*) ¡Mal hombre, feo, chiquitín! ¡Toma, toma y toma! (*Le abraza.*)

BALT. (*Al otro niño.*) ¡Tú, morucho, come despacio, hombre, que no te lo van a quitar!

SER. (*Gozosa.*) ¡Es que ese negro mío...

VICT. ¡Abre la boca; (*Engañándole con el dulce.*) ¡Abre la boca!

SER. ¡Señorita, que me lo va usted hacer llorar.

VICT. ¡Ahora va de veras! ¡Abre la boca! (*Le da el pastel.*) ¡Ah, ladrón, que me lo has quitado! ¡Ladrón! ¡Vete con tu madre, ya no me junto contigo! ¡Ahora quiero a Pepín! (*Atrayéndole.*) ¡Vamos a ver, mil hombres, ven

que te arregle para que vayas guapo a la procesión.

SER. ¡Pero qué paciencia tiene ¡Hala, listos! ¡A correr.

(Los chicos salen por el foro.)

BALT. ¡Ya, ya se la acabará, ya se la acabará!

VICT. *(Sonriente.)* ¡Allá, cuando tenga tus años!

BALT. ¡Allá, cuando tengas tres nietos!

VICT. ¡Yo nietos, qué atrocidad!

SER. ¡Eso va para largo! ¿Verdad, señorita?

BALT. ¡Más largo te parecía a ti llegar a casarte con Melecio y mira si lo has enganchao!

SER. ¡Ya no me acuerdo bien, como hace más de quince años, fíjese!

VICT. ¡Quince años! ¡Cómo pasa el tiempo!

SER. Toma, más llevaríamos si no hubiera sido por que él tuvo que hacer su servicio militar.

BALT. Si parece el otro día cuando mi Julito entraba por esa puerta de vuelta de la escuela, pidiendo a gritos merendar... ¡Y que tenía aguante! ¡Condenao de chico y qué pegón era!

VICT. ¡Y poco que te gustaban a ti sus golpes! ¡Y armar camorra con él, y protestar!...

SER. ¿Y ande lo tiene usted ahora?

VICT. En Madrid, trabajando en lo suyo, haciéndose un porvenir.

SER. Y algún día pué que se establezca en el pueblo.

VICT. Aquí no puede estar él.

SER. Toma ¿por qué?

BALT. Pues porque entonces estaría yo contenta, y eso a su madre, por lo visto, no le parece bien.

(La Serafina arregla algunas cosas de las que haya en escena; lo más distante de Victoria y Baltasar.)

VICT. ¡Qué cosas dices!
BALT. ¡Claro! ¿Qué inconveniente hay?
VICT. ¿Volvemos a empezar?
BALT. Si él no tié na que hacer aquí ni nosotras tampoco, ¿por qué no nos vamos con él?
SER. Señor, ¿qué mal hay en que la señorita se haya quedao pa ver las fiestas del pueblo? Y bien que se lo tenemos que agradecer, que hay que ver las cosas que ha regalao al pueblo.
VICT. ¡Qué terca eres, Baltasara!
BALT. ¡Explica, explica; a ver!... ¡Ves... No sabes qué decir!
VICT. ¡Me haces daño! ¡Presiento que me guardas rencor!
BALT. ¡No diré yo que no!... Es mío, es mío y me lo has quitao, ¿sabes? ¡Y cómo me lo he criao yo!...
VICT. ¡Y yo, Baltasara!
BALT. ¡Y yo a ti y a él, de modo que arrejúntale los dos quereres y a ver si no tengo motivo pa guardarte rencor! ¡Hijico de mi alma! ¿Qué será de él, solico allá en Madrid?
VICT. ¡Es que tú te empeñas en no comprender las cosas y las debías comprender! ¡Además, que cuando una madre!... ¡Cómo lo diría yo, que no te ofendiese!... (*A Serafina.*) ¿Tú crees que en el mundo hay alguien que quiera a tus hijos más que tú?
SER. (*Acercándose.*) ¡Ni es posible que la Baltasara quiera al suyo más que usted!
BALT. ¿Cómo? ¡Repite eso, repítelo, y te arranco el rodete, lo mesmo que la otra vez!... ¿Que yo no quiero a mi chico?...
VICT. ¡Calla!
SER. ¡Como su madre, no!
BALT. ¡Y cuando el pobrecito mío no tenía más refugio que mis brazos, porque no lo podía

tener! ¡Y las dos trosferinas que yo he pasao! ¡Y las fiebres malinas y el sarampión! ¡To con él! ¡Y lo que he llorao cuando te lo llevaste a ese pueble que hablan el francés, ¿por qué era? ¿No era porque lo quiero más que naide en el mundo? ¿Ahora me hablas así?... ¡Pos bueno es saberlo, que yo también sé lo que tengo que hacer!

VICT. ¡Qué buena eres, Baltasara!... ¡Déjame que te bese!

BALT. (*Huyéndola.*) ¡En la estación, en la estación!... Cuando vengas a despedirme a la estación. ¡Ahora mismo me voy en su busca pa que me diga quién le quiere, y si piensa como tú, se acabó... ¡A mi rincón, que ya soy vieja, y allí como un perro, me dejaré morir! (*Inicia mutis llorando.*)

VICT. (*Tratando de detenerla.*) ¡Baltasara, Baltasara!...

BALT. ¡En la estación, en la estación!... (*Mutis.*)

SER. ¡No tié remedio!... ¡Son los años, que nos quitan el juicio!

VICT. ¡No tiene razón, porque nos hemos quedado por gusto y no comprendo de pronto esa manera de ser. (*Oyendo dentro algarabía de voces.*) ¿Qué es ese ruido?

SER. (*Subiendo al foro.*) ¡Una ronda de mozos! ¡Calla, si viene mi marido con ellos! ¡Será ladrón; desde que comenzaron las fiestas no le he visto nada más que una vez.

MOZOS (*Cantando a coro mientras se acercan.*)

El menistro no quie toros
tururu
y se lo ha dicho al alcalde,
con un oficio que dice,
tururu
que ya no hay cuernos pa naide.
Pero en este pueblo

semos mu barbianes,
y tendremos cuernos
ca vez que nos cuadre.

(*Alaridos.*) ¡Hiii... hiiii...

VOCES (*Entrando con Melecio por el foro.*) ¡A la paz de Dios! ¡Santas y guenas!

MEL. ¡Buenas tardes!

SER. ¡Ya has aparecido, mal hombre!

MEL. ¿Contra? ¿Pero estás aquí? ¡Déjame, déjame, que venimos en comisión a ver a la señorita Victoria!

VICT. ¿Qué pasa?

MEL. Que hemos acordao los mozos de este puebto pedirle permiso, para darle serenata, en agredecimiento a los mil reales que nos ha dao pá el novillo.

CEL. ¿Vamos, que eso a estao mu bién?

MEL. Lástima de los otros mil que le ha dao al cura y ni siquiera la ha nombrao en ningún sermón.

CEL. ¡Nosotros semos más agradecidos! ¡Esta noche, a su salú, nos himos de emborrachar!

SER. ¡Y tú, perdío!... ¿Desde cuándo eres tu mozo entovía?

MEL. ¡Toma, pues desde que no me salen canas! ¡Pa los hombres toda la vida es juventud!

VICT. ¡Y para las mujeres que tienen hijos también!

SER. ¡Eso, yo también soy moza!

VICT. ¡Esta noche lo vas a ser, porque en vez de darme a mí serenata, cosa que no consiento, te pido que se la déis a tus hijos y a tu mujer!

MEL. ¡Mi madre! ¿a la Serafina? ¡Si no se la he dao de mozo!

VICT. ¡Pues se la das ahora! ¿No presumes?

CEL. ¡Y no se hable más!... ¡Queriéndolo usted!

MEL. ¡Rediezla, que chiste! ¡Uy, como vamos a reirnos!

SER. ¡Aluego hablaremos!

MEL. ¡Prepararsus! Y tú, Celedonio, ya pues inventale coplas, pero échales ajo, que son pa mi mujer.

VICT. ¿Dónde vais ahora, a ver la procesión?

CEL. Llevamos el anda.

MEL. ¡Y un cántaro de vino, pa lo que se precise!... ¿Usted no viene?

VICT. ¡Cuando vuelva mi gente, que están en casa del médico!

SER. ¿Hay alguno malo?

VICT. ¡Que los ha llamado no sé para qué! ¡Bueno, pues hasta luego! ¡Ya os veré desde el Ayuntamiento!

MEL. ¡Lleno está de gente gorda! Los del alcalde, los del Juez, el señor don Evaristo y su gente, qué sé yo... ¡Y hogaño hasta la familia de don Gonzalo, ha venido también!

VICT. ¿Cómo?

MEL. ¡Esa señorona que vive en Madrid y las chicas; dos lechuguinas escuchimizás! (*Interrumpe a Melecio un repentino voltear de campanas y un cohete.*) ¡Oís! ¡Ya está!

SER. ¡Ya han acabado el sermón!

MEL. ¡Hala, hala, que hemos de vestirnos de sayones! ¿Quié usted algo, señorita?

VICT. ¡Nada!

SER. (*Llamando en el foro.*) ¡Melecio, Peregrino!...

MEL. ¡Venga un viva a los mil reales!

CEL. ¡Viva la señorita Victoria!

TODOS ¡Viva!

MEL. ¡Y ahora dale al palo guitarrista! ¡Venga jaleo! ¡Viva el alcalde!...

TODOS ¡Viva!... (*Todos hacen mutis cantando como al llegar.*)

El menistro no quie toros
tururu
y se lo ha dicho al alcalde
etc...

(Se pierden sus voces confundidas con el volteo de campanas, que desde ahora comenzarán a extinguirse. Victoria, volviéndose con gesto de desaliento, baja a primer término.)

VICT. *(Con suspiro.)* ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es esto? ¡A veces no puedo más! *(Pausa. Se extingue el volteo y las voces lejanas. Tras una breve pausa aparece Baltasara con una manteleta o pañolón puesto. Al ver la actitud de Victoria, que no se ha dado cuenta de su presencia, se acerca a ella sigilosamente.)*

BALT. ¡Oye!

VICT. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Dónde vas?

BALT. ¡Ya te lo he dicho, endenantes... ¡A Madrid! ¡A ver si aquel de allá piensa como tú! Necesito que me des dinero pa el tren.

VICT. ¿Pero tú estás en tu juicio, Baltasara?

BALT. Yo no sé en qué juicio estaré, pero yo en este pueblo no aguanto más porque tengo la sangre repudría de ver lo falsos que son, y ademas, porque pienso que aquel hijo necesita de mí aunque tú no lo creas.

VICT. ¿Y estás decidida a marcharte?

BALT. ¡Ahora mismo!

VICT. ¿Y me dejarás aquí soia?

BALT. ¡Yo no sé tus cuentas! ¡Toavía no sé explicarme la ventolera que nos tienes tres meses aquí! Primero, que si a cuidar a tu hermano, luego que si le has entregao intereses y los tiés que vigilar, aluego que si te va bien a la salud, y yo, por fin, he pensao que estos lagartones te han hecho creer que te quieren, cuando nunca te han podío ni

ver. ¡Y el otro, carta tras carta, «que vayamos y que vayamos» y tú, nada, sin hacerle caso, como si no tuvieras corazón. ¡Parece mentira!

VICT. Lo que parece mentira es que me desconozcas de tal manera. ¿Quieres saber la razón?

BALT. ¡Digas lo que digas, no has de convencerme, de modo que...

VICT. ¿Quieres saber la razón?

BALT. ¡No!

VICT. ¿Tienes miedo a sufrir mis amarguras? ¡Claro, protestando siempre tienes consuelo; el que no tengo yo!... ¡Pero vas a saber la verdad, y si luego tú sigues creyendo que quieres más a mi hijo, vete con Dios, pero si yo tengo razón...

BALT. ¡Hum! ¡Bueno, que voy a hacer tarde al tren!

VICT. ¡Escucha! ¿Te acuerdas de la célebre noche de San Sebastián? Al día siguiente nos fuimos a Suiza y allí vivimos hasta que mi hijo terminó su carrera. Así han pasado varios años...

BALT. ¡Muy a gusto! Aquello no debió acabar nunca!

VICT. ¡A mi hijo le convenía seguir allí para ampliar estudios al lado de su maestro, y a nosotras, ¿sabes por qué nos convenía?

BALT. Pa que nos dejaran de ver.

VICT. ¡Justamente! ¡Y cuando mi hijo me habló de volver a España, ¿recordarás que fuí yo quien propuso aquel viaje tan largo, que casi dimos la vuelta al mundo? ¿Sabes para qué fué?

BALT. ¡Sí, sí, pá que nos dejaran de ver!

VICT. ¡Para ganar más tiempo! ¡Pensaba yo que era preciso, ¿entiendes? preciso, para conservar nuestra felicidad, que al llegar a Ma-

drid, nadie que me viera casualmente pudiera reconocerme, pudiera sospechar que la madre de Julito Cuesta, el gran químico, fuese aquella mujer... aquella mujer...

BALT. ¡Flor de Nieve!

VICT. *(Rápida.)* ¡Calla!

BALT. ¡Y naide qué tie que ver! ¿No vives ahora honestamente?

VICT. ¿Pero si tú, que sabes que una indiscrección que pusiera a mi hijo en antecedentes me costaría la vida, la acabas de tener, no has podido olvidar ese nombre, ¿cómo quieres que los demás olviden, por muy honestamente que me vean viviendo?

BALT. Pero y entonces qué remedio nos queda. ¿Vamos a morirnos?

VICT. Nos queda esperar, esperar que pasen los años, sufriendo, sufriendo mucho, mucho.

BALT. Oye... Y eso... eso podría ser marchándonos ahora mismo.

VICT. ¿Cómo?

BALT. Claro; podríamos empezar a sufrir en el tren y como el tren va tan aprisa...

VICT. Tengo miedo; está demasiado reciente el motivo que nos trajo hasta aquí.

BALT. ¡Pero cómo! ¿Hay más?

VICT. Falta lo más grave. Lo que no te he querido decir. Algún tiempo después de instalarnos en la corte... En primavera... ¿Te acuerdas de aquellos días tan hermosos, que mi hijo destinó a recorrer Madrid?

BALT. Sí.

VICT. Pues uno de esos días, volviendo de paseo, tuvo la ocurrencia de llevarme a tomar té a un establecimiento de lujo que hay no sé dónde. Yo me sentía tan feliz con el optimismo del ambiente, de la luz, de mi hijo... que olvidé... olvidé, ¿sabes? Y entramos

en el establecimiento y en la misma puerta del salón, me dí de bruces ¿con quién dirás?

BALT. Con tu marido.

VICT. ¡Peor!... ¡Con el Duque del Olmo!

BALT. ¡El Duque!

VICT. Salía con varias señoras y se me quedó mirando con atención.

BALT. ¡Dios mío.

VICT. ¡Desapareció... Yo suspiré como quien se quita la muerte de encima, y no habían hecho más que servirnos, cuando le vi entrar otra vez!

BALT. ¿Qué hiciste entonces?

VICT. ¡Temblar, temblar como estoy temblando ahora!... ¿Qué iba a hacer?... ¡Se sentó en otra mesa y me comía con los ojos! ¡Y a mi hijo le miraba con un descaro! ¡Dios mío... ¡No sé cómo no me desmayé!

BALT. Haberos marchado de allí, so tonta

VICT. Eso fué lo qué hicimos. Le confesé a Julio que estaba indispuesta y aceleradamente salimos a la calle, donde un auto que pasaba nos recogió tan a punto, que tengo la seguridad que el Duque no nos pudo seguir...

BALT. ¿Y por fin a casa?

VICT. A pasar una noche horrenda, llorando a escondidas de él y de tí...

BALT. ¡Pues gracias a la ocurrencia de tú hermano!...

VICT. ¡Me abrió un camino! ¡Qué me importaba prestarle ese dinero, si consentía en que viniéramos aquí! ¿Qué me importaba el pueblo y mi cuñada y hasta la vida, con tal de que a mi hijo nadie pudiera sonrojarle, nadie pudiera insinuarle que tiene que avergonzarse de mí.

BALT. ¡Dios mío, qué penas! ¡Ya te lo decía yo!

VICT. ¡Tú y todos me lo decíais, pero es que na-

die me daba para vivir... ¡Ya lo sabes todo ya puedes irte si crees que tu presencia no compromete y si yo no merezco, por tu parte, ni tanto así de compasión!

BALT. ¡Déjame que te bese, porque tú lo mereces todo, todo!... ¡Hasta que pierda otra vez el tren! (*La abraza.*) ¡Y ya no hablo más.

(*Tras ligera pausa, entra por el foro Rosario.*)

ROS. ¡Ya estoy aquí!

VICT. ¡Hola!

ROS. ¿Ha vuelto tu hermano?

VICT. ¡No! ¿Pero no has ido tú con él a casa del doctor?

ROS. Sí, pero encontramos en el camino a doña Matilde y se empeñó en llevarme a su casa para enterarme de una cosa urgentísima que te interesa a ti.

VICT. ¿A mí? ¿De qué?

ROS. Es un poco larga de contar; ya te lo diré. (*A Baltasara.*) ¿Tú qué haces aquí?

BALT. ¡Nada!

VICT. ¡Que la estaba diciendo yo que se fuera a ver la procesión!

ROS. ¡Sí, sí, vete, aquí no tienes nada que hacer!

BALT. ¡Bueno, mujer, bueno...! ¡No hay que echarme de esa manera; ya comprendo que estorbo. Ya me voy. (*Mutis por la casa.*)

ROS. ¡Dice que se va, y se queda!

VICT. ¡Qué más da!

ROS. ¡Sí que da! ¡Se queda para escuchar; así puede intervenir en todas las conversaciones, y es enojoso... muy molesto...! ¡Hay cosas que ni ella las debe saber!

VICT. ¡Más que sabe!

ROS. ¡Tú siempre lo mismo! Te has hecho de cristal; no te extrañe que todos te vean de aumento.

VICT. ¿Por qué dices eso?

ROS. Porque con un poco más de recato en toda tu vida, hoy te hubieras evitado este bochorno.

VICT. No sé a qué te refieres.

ROS. Me refiero a... ¡Verás! Doña Matilde me ha llevado a su casa para decirme con muchos rodeos que esta mañana, después de misa, comentando varias señoras la presencia de doña... ¡La mujer de Gonzalo! Les ha parecido... se han creído en el deber de pedirte...

VICT. ¡No te detengas!

ROS. ¡Es que temo ofenderte, porque tampoco es justo, pero... hay que considerar que...

VICT. ¿Qué quieren esas señoras?

ROS. ¡No, no, nada; qué van a querer! Te están muy agradecidas por el regalo que has hecho a la Santa, te... ¡Pero vamos, como ha llegado esa señora...!

VICT. ¡La esposa de Gonzalo!

ROS. ¡Justo! ¡Te agradecerían declinases la invitación que te hicieron, porque la verdad, no sería correcto que...!

VICT. ¡Que esa mujer se codeara conmigo!

ROS. ¡No; verás...! ¡Ellas no podían sospechar...! ¡Y tú sabes que mientras no ha habido forasteros que te conocieran, aunque fuese de oídas...

VICT. ¡Sí, mujer, sí, que no pasen pena. No iré.

ROS. No; verás, si está todo arreglado, porque doña Matilde, que ha estado muy amable por cierto, ha venido conmigo a casa de su primo Emeterio, el de la panadería, y allí hemos convenido que vas a ver la procesión... ¡Como tiene balcones a la calle Mayor...!

VICT. ¡Muy amable doña Matilde! ¿Pero y vosotras...?

ROS. Pues ahí está. Yo había pensado, si a ti no te sabe mal, que... ¡Claro! Como nosotros vamos al Ayuntamiento todos los años, pues si a ti te parece bien... ¡Te advierto que lo hacemos por no dar qué decir y porque así... francamente... delante de nosotros se murmuraría menos!

VICT. ¡Ah! ¿Pero es que en el pueblo se murmura de mí?

ROS. ¡No, mujer! ¡Pasa que muchos conocen parte de tu historia...! ¡Y precisamente la parte que menos te favorece, porque si supieran lo buena que eres, si conocieran tu gran corazón...!

VICT. ¡Pues descuida, que hoy no les daré ocasión de murmurarme!

ROS. ¿Por qué?

VICT. ¡Porque no pienso salir de casa!

ROS. ¡Eso provocará una explicación y que se entere tu hermano!

VICT. ¡Descuida! ¡Mi hermano...!

(*Entra Julián por el foro a tiempo de oír esta última frase. Llega visiblemente preocupado.*)

JUL. ¿Qué hay?

VICT. ¡Eh! ¡Nada!

ROS. ¡Ya has aparecido! ¿Cómo has tardado tanto?

JUL. ¿Tienes prisa?

ROS. ¿No lo sabes?

JUL. ¡Pues anda, ya te puedes ir!

ROS. ¿Pero y tú?

VICT. ¿Qué te pasa, Julián? ¿Vienes preocupado?

ROS. ¿Para qué te quería el doctor?

JUL. ¡Asunto de mi hermana!

VICT. ¿Mío?

JUL. ¡Sí¡ (*Cogiéndole las manos.*) ¡Victoria!

VICT. ¡Me impone tu mirada! ¿Qué quieres?

JUL. Darte una gran tristeza o una gran alegría. No sé cómo lo recibirá tu corazón.

ROS. ¡Me parece que todo ese misterio sobra!

JUL. ¡Calla, tú! ¡El doctor, que tú sabes cuánto nos quiere, y al cual han recurrido recordando la amistad que le unió a nuestro padre...!

ROS. ¡Vaya, hijo, que no hace falta que te pongas así, que ya lo sabe!

JUL. ¿Qué hablas? ¿Sabe que está aquí Gonzalo?

VICT. ¡Si! ¡Ya lo sé! ¡Se lo ha dicho a Rosario doña Matilde!

(Dentro, anhelante, óyese la voz de Serafina que llega gritando.)

SER. *(Dentro.)* ¡Señorita Victoria!... ¡Baltasara!... ¡Mi ama...! ¡Aquí... aquí...!

JUL. ¿Qué hay?

(Serafina entra como una tromba, arrastrando un chico de cada mano.)

SER. ¡Señorita Victoria...! ¡Mi ama! ¡El señorito Julio, el señorito Julio está aquí!

VICT. ¡Mi hijo!

JUL. ¿Qué hablas?

SER. ¡Le he visto... le he visto cruzar la plaza, y yo le he salido al delante por la calle del Carril!

BALT. *(Saliendo como una tromba de la casa.)* ¡Por la calle del Carril, por la calle del Carril! ¡Tira! ¡A buscarle, a buscarle, vamos, vamos. *(A empujones se le lleva, tirando siempre a Serafina.)*

VICT. ¡Mi hijo! ¡Dios mío! ¿A qué vendrá? ¡Tengo miedo!

JUL. ¿A qué?

VICT. No sé. Es preciso que no se entere de lo que pasa.

JUL. Nosotros te ayudaremos.

ROS. Tranquilizate.

VICT. ¡Eso! ¡Eso! ¡Que no note nada, que no se entere de nada! ¡Poneos contentos; alegrad

el semblante... Venga... venga, alegraos... alegraos... *(Por el foro, llevando casi en volandas a Baltasara, que se ha colgado al cuello, entra Julio, ya hecho un hombre.*

JULIO Déjame, mujer, déjame... ¡Mamá!

VICT. *(Corriendo a él.)* ¡Hijo!... ¡Hijo!... *(Tras un fuerte abrazo.)* ¡Qué alegría me das!... ¡Qué alegría! ¿Pero cómo se te ha ocurrido venir?

JULIO *(Mientras abraza a todos.)* ¡Porque encontrándome algo fatigado, pedí dos días de licencia, me acordé que eran fiestas aquí, y he querido darte esta sorpresa!

BALT. ¡Malo, más que malo; tanto tiempo sin vernos!

JULIO ¡No te enfades, mi vieja! ¡Tú no sabes el trabajo que yo tengo en Madrid!

JUL. ¿Estás contento? Te tratan bien tus colegas.

JULIO Mis colegas y todo el mundo. Madrid es un pueblo ideal... ¡Cuánta simpatía! ¡Qué generosidad!... ¡Me han hecho dar conferencias, escribir artículos, abrir un cursillo para profesores y médicos en la Universidad... qué sé yo! ¡En fin, me están rodeando de una aureola de eminente, que a mis años, es cosa de reir!

BALT. ¡Te tie que tener envidia hasta el sabio Salomón!... ¡Si es más listo! *(Todos ríen.)*

VICT. ¡Calla, calla, Baltasara!

BALT. ¿Por qué? ¿He vuelto a pecar?

JULIO ¡Tu no pecas nunca! ¡Tu eres santa!

BALT. ¡Santa! ¡A ver, a ver, dilo otra vez!

JULIO ¡Qué eres santa! ¿Quieres más?

BALT. ¡Guárdalo para tu madre!... ¡Esa si que es santa!... ¡Esa es la verdad!

ROS. ¡Como si no supiéramos todos que te quiere mucho!

JULIO ¡La querré más en cuanto me haga recobrar las fuerzas, porque vengo como quien dice en ayunas!

BALT. ¡En ayunas! ¡Un sabio en ayunas! ¡Dios mío se va a matar!... ¡A ver!... ¿Quieres unas magras?

JULIO No, mujer, un ligero refrigerio.

BALT. (*Rosario.*) ¡Ay!, mi ama, eso usted sabrá guisarlo.

ROS. ¡Sí, mujer... anda... yo te ayudaré! ¡Siempre me estás molestando!... (*Mutis ambas por primera izquierda.*)

VICT. ¿Vienes cansado?

JULIO No.

JUL. ¡Entonces querrás luego salir a dar una vuelta!

JULIO ¡Supongo que algo habrá que ver!

JUL. ¡Hoy, función religiosa; mañana, toros!

JULIO ¡Saldremos a dar un vistazo!

JUL. ¡Pues mientras tu meriendas, yo me acerco un momento a...

JULIO ¡Sí, tío, no faltaba más; con entera franqueza!

JUL. (*Abrazándole.*) ¡Bien venido, sobrino!

VICT. ¡No te olvides mi encargo para don Juan!

JUL. (*A Julio.*) Hasta luego. No me olvidaré. (*Mutis.*)

VICT. Pasas al comedor, o quieres...

JULIO ¡Aquí mismo, en esta mesa!

VICT. ¡Yo te ayudaré! (*Acercan la mesa entre los dos.*)

JULIO ¡Ajá!

VICT. ¡Qué ganas tenía de verte, hijo mío!

JULIO ¡Y yo a ti!

VICT. ¡Te encuentro no sé como! ¿Has estado enfermo?

JULIO (*Turbado.*) ¡No!

VICT. ¡Te veo demacrado, paliducho!... ¿Duermes poco?

JULIO ¡No!

VICT. ¿Es que no te prueba Madrid?

JULIO ¡Sí, sí... perfectamente!

VICT. ¡No, si no es nada!... ¡No te vayas a alarmar! ¡Es que te brillan los ojos de una manera tan extraña!

JULIO ¡El viaje!... ¡La!... ¡No sé! Los mismos deseos que tenía de verte que me hacen que te mire con mayor intensidad!

VICT. ¡Si tú quieres... si te hacemos falta nos iremos contigo!

JULIO ¡No, mamá, si estoy bien! ¡Me falta... no sé... tus caricias, tus cuidados, tu conversación!

VICT. ¡Pues aquí hablaremos cuanto quieras! ¡Lo que siento es que no tendremos muchas ocasiones de estar solos!... ¡Necesito que me cuentes todos tus triunfos, tus!...

JULIO ¿Mis qué?

VICT. ¡Tus andanzas, tus nuevas amistades!...

JULIO ¡Todo, todo te lo contaré!... Verás que cosas más raras, pasan en la vida... Es decir raras no... dolorosas mas bien...

VICT. (*Con angustia.*) ¿Qué te pasa? Me intranquilizas.

JULIO Es que he venido exclusivamente para hacerte una pregunta y ahora no me atrevo...

VICT. Acaba de una vez...

JULIO Pues bien... Perdóname, madre mía... ¿a ti te han llamado Flor de Nieve alguna vez?

VICT. (*Helada, en un pequeño grito.*) ¡Eh!

JULIO (*Pausa. Victoria, extática, temblorosa, con los ojos cerrados, no contesta. Acercándose apasionadísimo, y la voz en susurro.*) ¡Madrecita de mi alma, perdóname, pero dime la verdad! ¿Te han llamado Flor de Nieve alguna vez?

VICT. (*Con un sí muy largo envuelto en un largo sollozo.*) ¡Sí!...

JULIO (*Aterrado.*) ¿Qué es esto? (*Se deja caer en*

una silla junto a la mesa, donde se apoya. cubriéndose la cara con las manos. Victoria, como una estatua, de pronto echa a andar hacia el foro. Al oirla la detiene.) ¿Dónde vas?

VICT. ¡Déjame!

JULIO ¿Dónde vas?

VICT. ¡A matarle! ¿Está aquí?

JULIO ¿Quién?

VICT. ¿Quién te lo ha dicho?

JULIO (*Estupefacto.*) ¡El Duque del Olmo!

VICT. (*Retrocediendo.*) ¡Eh!.. ¿Pero a sido él? ¡El Duque del Olmo! ¡Dios mío! ¡Tenía que ocurrir!

JULIO Tenía que ocurrir... pero ignoras de qué manera.

VICT. ¿De qué manera ha ocurrido?...

JULIO Sabiéndolo antes que yo...

VICT. ¿Quién?

JULIO ¡Todo Madrid!

VICT. ¡Jesús!

JULIO Todo Madrid, donde he dejado mi nombre a la vergüenza, hasta que lleve una rectificación... que no llegará. (*Termina en un suspiro muy despacio.*)

VICT. ¿Pero cómo ha sido; que ha pasado hijo mío, cuéntame?

JULIO ¡Temblores siento al recordarlo! ¿Tú conoces a Toledano y Pepe, aquellos dos compañeros de colegio que encontré en Madrid?

VICT. ¡Sí!

JULIO Pues al quedarme solo, pasaban todas las noches a recogerme después de cenar para distraernos dando un paseo, o bien me llevaban a su Círculo para charlar de nuestras cosas. La otra noche al llegar allí coincidimos al sentarnos junto a un grupo donde peroraba un señor, que al verme me pareció

que me señalaba a los demás. Yo, francamente, no presté atención, aunque instintivamente volvime a mirarle, no sé por qué...

VICT. ¡Sigue!

JULIO Mis amigos y yo continuamos tranquilamente nuestro tema, cuando de pronto vi que Toledano, que estaba inmediato al grupo, se levantó descompuesto y yéndose a aquel caballero, le dijo... ¡Usted miente, y es un miserable!

VICT. ¡Jesús! ¿Y qué pasó?

JULIO ¡Imagínate!

VICT. ¿Pero supiste qué decía?

JULIO ¡A medias; en aquel maremagnum de voces, y cuando ya había desaparecido de allí... Me dijeron que era el Duque del Olmo y que protestaba indignado contra mi presencia en aquel sitio, que mezclaba a los caballeros con... los entretenidos... de sus... entretenidas...

VICT. ¡Miserable!

JULIO ¡Y que preguntasen, decía a voces, que preguntasen a Flor de Nieve, que ella les podría informar!

VICT. (*Gime.*)

JULIO ¡Mi amigo quedó desafiado con él, pero yo no pude consentirlo. Era yo quien debía matarle. Salí corriendo en su busca, y en toda la noche... ¡qué noche, madre mía!, en toda la noche no le pude encontrar.

VICT. ¡Qué alegría!

JULIO ¡Pero al día siguiente lo hallé! ¿Y sabes lo que contestó a mi demanda?

VICT. ¡Otra infamia!

JULIO ¡Qué no tenía inconveniente en rectificar su versión de la noche anterior, porque mejor informado, sabía que yo no era lo que el había supuesto, sino hijo de una tal... Flor

de Nieve, que fué su amante, y que al vernos cierto día en un café con ella fué lo que le hizo equivocarse.

VICT. (*Gime.*)

JULIO ¡Luego se permitió el sarcasmo de considerar inhumano el batirse conmigo y dijo que además se lo prohibía el que yo... yo no podía considerarme ofendido por la ve rdad..

VICT. ¡Hijo!

JULIO Protesté indignado, estuve a punto de ahogarle y le exigí una retractación, porque mi madre era honrada, buena, santa; mi madre era la mejor... ¡Así lo creía yo ciegamente! ¡Y tal fervor debió ver en mi mirada, tan clara mi intención de arrancarle la vida, que me ofreció batirse después de una pública reparación si yo le demostraba que estaba en un error!

VICT. ¿Por qué no me quitas la vida, Dios mío!

JULIO ¡Yo creía en ti, madre, creía en ti!... ¡Y salí de la casa de aquel hombre desconcertado y preparé mi viaje para que tú me dieras las pruebas que yo no podía encontrar!... ¡Y aquí estoy... aquí estoy sin esperanzas!... ¿Qué has hecho, madre? ¿Para qué me has hecho hombre inteligente y me crió tu cariño? ¿Para qué me diste la vida, si ahora me la destroza tu reputación? (*Abrumado se deja caer en una silla.*)

VICT. (*Tras una ligera pausa. Como hablando consigo.*) ¿Y a mí...? ¿A mí quién me destroza? ¿Qué hizo de mí, tu padre, abandonándome a mis fuerzas, con mi hijo en los brazos y roto el corazón? ¿Qué han hecho de mí los que me sacrificaron a su egoísmo; los que hicieron que me vendiera por una limosna de cariño y luego por dinero, sin amor? ¿Qué han hecho de mí todos los que

se encogen de hombros cuando una mujer se encuentra en mi situación? (*Acercándose a Julio.*) ¡No he sido buena, no! ¡Porque cuando ví que todos los hombres eran tan malos, como los que destrozaron mi vida y mi honradez, decidí defenderme, no ya por mí, que nada valía, sino por el ser inocente, en el que se concentraba mi ternura, el único que me quería de verdad! ¡Y para que llegase a la lucha con todas las preeminencias que le deseaba mi cariño, he sido déspota, malvada, cruel, todo lo que fuera preciso... todo! Y así fué como en mi lucha con los hombres, encenagándome con ellos, todos igualmente despreciables, la podredumbre de mi cuerpo y de sus almas fué sirviendo de abono que fertilizaba el brote de mi vida honrada, para que un día estallase la flor, toda pureza y santidad, de mi cariño... ¡Y esa flor eres tú, tú, tú...!

JULIO (*Levantándose y abrazándola antes de terminar, hablando a la par que ella.*) ¡Madre... madre...! (*Abrazándola.*) ¡Mi madre es buena... mi madre es honrada... mi madre es santa... es la mejor...!

(*Dentro se oyen voces lejanas y algún cohete muy amortiguado por la distancia; al mismo tiempo se oye también a lo lejos el voltear de campanas, indicando que sale la procesión de la iglesia.*)

VICT. (*Muy emocionada.*) ¡Gracias... gracias, hijo mío! ¿Pero qué va a ser de mi vida ahora?

JULIO ¡Tu vida será mi vida!

VICT. ¿De veras? ¡Vivirás siempre junto a mí! ¿Nos iremos otra vez al extranjero?

JULIO No. Iremos a Madrid. ¡Qué me importan las gentes! Es allí donde quiero triunfar. Y como para ser grande para la ciencia basta

con el estudio, yo juro que un día campanas como esas repicarán en honor de una madre, que por ser mía, a fuerza de serlo, es tan pura, tan buena y tan honrada como todas las demás.

VICT. ¡Hijo!

JULIO ¡Ya lo sabes, nos vamos a Madrid!...

BALT. *(Que sale y oye la última frase.)* ¡Pa luego es tarde! ¡Al tren, al tren! ¡Que se nos va a escapar!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

Precio: 3 pesetas.